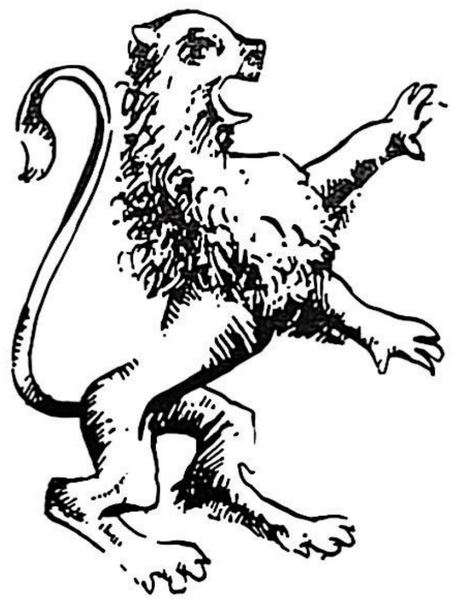
NIKOLAI GUENCHEV

EL APOSTOL DE LA LIBERTAD

EL APOSTOL DE LA LIBERTAD

NIKOLAI GUENCHEV

EL APOSTOL DE LA LIBERTAD



Esbozo biográfico de Vasil Levski

SOFIA PRESS

© Nikolai Guenchev, 1987
c/o Jusautor, Sofía

© Traducción: Krasimira Goreska
c/o Jusautor, Sofía

Vasil Levski vivió en los últimos decenios del Renacimiento Búlgaro. En la cronología de nuestra historia esta etapa comprende los siglos XVIII y XIX, hasta la liberación de Bulgaria del yugo otomano.

El Renacimiento Búlgaro significó en la historia nacional un período de transición entre el Medioevo y la Edad Moderna e incluye el Renacimiento, la Ilustración y la revolución burguesa. Esta última fue en nuestro país la expresión de un movimiento de liberación nacional.

El que estas tres etapas, tan características del desarrollo de la época burguesa, se entrelazaran y confluyeran en una sola, se debió a las peculiaridades propias del desarrollo histórico del pueblo búlgaro.

Ya en el siglo VII los búlgaros fundaron su propio Estado que fue reconocido oficialmente en el año 681. Durante la Edad Media, Bulgaria extendió sus fronteras hasta los mares Adriático, Mediterráneo y Negro. Junto con Bizancio el Estado búlgaro se convirtió en punto de encuentro entre la civilización europea y las incursiones bárbaras de Oriente. Durante la segunda mitad del siglo IX Bulgaria adoptó el cristianismo y pasó a tener su propia escritura (la antigua escritura búlgara). Fue éste un período de desarrollo y florecimiento de la literatura y la cultura. Inmersa en la tradición oriental ortodoxa, Bulgaria se convirtió en la cuna de la civilización eslava y en puente de enlace entre las culturas de Oriente y Occidente.

En su dinámica histórica se sucedieron épocas de auge impetuoso y de trágicas caídas y, sometida a infinitas pruebas, Bulgaria llevó siempre la cruz de su importante fuerza política y espiritual del Sudeste Europeo. La bárbara invasión de los turcos otomanos en Europa trajo a los búlgaros la pérdida de su independencia. En 1396, al caer la antigua capital búlgara Tarnovgrad, el Estado búlgaro dejó de existir.

Bulgaria permaneció bajo el yugo otomano durante cinco siglos. En poco tiempo los conquistadores hicieron desaparecer todos los vestigios del antiguo esplendor del Estado búlgaro: la iglesia búlgara, hasta entonces independiente, quedó incluida en la jurisdicción del Patriarcado Ecuménico de Estambul, los monumentos de la cultura y la civilización antiguas fueron destruidos. Impuso su dominio un gobierno completamente distinto por su espíritu, religión, tradiciones y normas. Bulgaria pasó a formar parte del sistema político del despotismo oriental. La tradicional cultura del cristianismo ortodoxo y la escritura eslava perdieron su primacía en los Balcanes. El pueblo búlgaro sufrió también un grave golpe en el aspecto demográfico. El número de muertos iba aumentando conforme avanzaba la conquista. La esfera cultural del cristianismo ortodoxo se vio completamente desorganizada e interrumpidos los lazos entre Este y Oeste, entre Bulgaria y el mundo eslavo.

En las postrimerías del siglo XVI, para la Turquía otomana, que había vivido ya el zenit de su poderío político y militar, comenzó un largo período de decadencia, de guerras sin éxito, de fracasos económicos y espirituales. Como consecuencia de la ampliación de los contactos económicos con los países desarrollados de la Europa burguesa, en la economía del Imperio fue germinando poco a poco la relación mercantil monetaria. Pero como sucede siempre en Oriente, las formas económicas

caducas desaparecían con bastante lentitud. Fue necesario que pasaran dos siglos hasta que en el Imperio se crearan las condiciones para la transición al régimen burgués. Es más, los promotores y la fuerza motriz principal de este cambio eran los propios pueblos balcánicos. La burguesía balcánica, en su papel de intermediario en las relaciones comerciales entre Europa y Turquía, surgió apenas en el siglo XVIII. Inicióse así la época del Renacimiento de los pueblos balcánicos que tuvo sus primeros brotes en Grecia.

En el siglo XVIII también en las tierras pobladas por búlgaros aparecieron los primeros representantes de la burguesía. Poco a poco fue restablecida la vida en las ciudades; se impulsó el desarrollo de la artesanía, se promovió el intercambio comercial con las demás provincias del Imperio, con Europa Central y Occidental, con países vecinos y lejanos. El sistema asiático de propiedad militar sobre la tierra comenzó a descomponerse surgiendo en su lugar las primeras grandes haciendas. Pese a que sufrían la presión de pesados gravámenes, los agricultores comenzaron a sacar cada vez más sus productos a los mercados y las ferias.

Los cambios producidos en las relaciones económicas y sociales fueron incorporando también a los búlgaros a la nueva civilización burguesa. Desde Europa Occidental comenzaron a penetrar las ideas del Renacimiento y la Ilustración y los logros de la cultura europea. Fue así como la sociedad búlgara fue rompiendo paulatinamente con las normas medievales y pasó a la época de su constitución nacional y emancipación.

Ya en el siglo XVIII en la creación literaria búlgara aparecieron algunas ideas que reflejaban los cambios sociales. Son novedosas por su forma y contenido las obras de J. Zhefarovich, P. Pavlovich, Y. Bradati y más tarde también de Sofroni Vrachanski.

El monje búlgaro del Monte Athos Paisi de Jilendar fue el primero en vislumbrar la necesidad de una renovación. En 1762 Paisi de Jilendar concluyó su "Historia eslavobúlgrara", una especie de manifiesto del Renacimiento búlgaro en el cual se exponen y fundamentan las tres tareas principales que debían ser resueltas en dicha etapa: educación de los búlgaros en su idioma materno, logro de su independencia cultural mediante el restablecimiento del antiguo patriarcado búlgaro y restauración del Estado búlgaro destruido cuatro siglos antes. Respondiendo exactamente a los imperativos de la época esas tareas se convirtieron en programa del futuro desarrollo social y cultural de Bulgaria.

El cumplimiento de la tarea histórica que había trazado Paisi se inició primero, a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, en el campo de la educación y la cultura. Debido a las necesidades meramente profesionales de las nuevas fuerzas sociales, ante todo de los comerciantes y los artesanos, era preciso crear una educación laica en lugar de la que se impartía tradicionalmente en las escuelas de las iglesias y los monasterios. Sumando a ello la influencia de las ideas de la Ilustración, a partir del primer tercio del siglo XIX surgió en el país un espontáneo movimiento por la creación de escuelas modernas en las que estuviera basada la nueva cultura nacional de los búlgaros. Gracias a ese movimiento de organización nacional, en menos de cuatro decenios se abrieron 1500 escuelas primarias donde se enseñaba a los niños de las ciudades y las aldeas, 70 escuelas básicas y los primeros tres liceos, así como varias escuelas teológicas, pedagógicas y comerciales. En los años 70 del mismo siglo suscitó un gran entusiasmo también la idea de abrir un centro de estudios superiores.

Hacia mediados del siglo XIX los búlgaros más despiertos se instruían en las universidades, academias, li-

ceos, colegios y seminarios del extranjero. Se fue formando así una élite nacional que se dio a la tarea de crear la nueva cultura búlgara. Se hicieron conocer los primeros literatos búlgaros de tipo moderno, artistas, periodistas, médicos. Fruto de la labor de esos primeros ilustrados, realizada entre la década de los 30 y la de los '70 del siglo XIX, la cultura búlgara pudo superar su estado medieval y entró en la etapa de su desarrollo moderno. La oscuridad secular en la que el pueblo búlgaro había vivido durante siglos enteros quedó por fin superada. El búlgaro se incorporó a la órbita de la civilización europea y se adhirió a los logros de la cultura burguesa de aquel entonces.

Aparte del movimiento por el desarrollo de la educación y la cultura que caracterizó al Renacimiento búlgaro, igualmente en los años 30 del siglo XIX comenzó una larga y difícil lucha contra el Patriarcado de Estambul que había extendido su poder también a Bulgaria. En el curso de esta lucha, durante la década siguiente, se dio a conocer el primer programa de determinación nacional de los búlgaros, trazado por el insigne ilustrado y reformista Neofit Bozveli. En 1870, al cabo de tres decenios de luchas encarnizadas entre la sociedad búlgara y el clero patriarcal, habiendo llamado la atención de las grandes potencias de Europa, los búlgaros consiguieron su objetivo estratégico. Fueron restaurados los derechos históricos y canónicos de una de las iglesias más antiguas de Europa. En 1872 se fundó el Exarcado búlgaro. El movimiento por la independencia religiosa y cultural de los búlgaros se basó en una especie de organización nacional que se manifestaba en la creación de comunidades en las ciudades y las aldeas, de patronatos en las escuelas y las iglesias, y de sociedades profesionales, femeninas e infantiles. En la década de los 60 y en la de los 70 surgieron las primeras organizaciones y centros nacionales en Estambul

y fuera de los límites del Imperio Otomano. Eran éstos los cuerpos directivos de la educación y la ciencia búlgaras, del movimiento religioso y de algunas facetas más de la vida económica y social.

De esta forma el movimiento por la creación de una nueva cultura búlgara y por el logro de una independencia religiosa atrajo a su cauce a toda la nación y coadyuvó a la creación de la lengua búlgara moderna, literaria y hablada. Conjugando las antiguas tradiciones culturales con las novedades de la época burguesa, ese movimiento significó el renacimiento cultural de Bulgaria. Todos los cambios operados en el siglo XIX en la esfera económica, social y cultural condujeron a la formación y la consolidación de la nación búlgara.

Hacia mediados del siglo XIX ésta comprendía más de 4 millones de personas. Provenían de su seno las capas industriales y comerciales más activas del Imperio Otomano. La nación búlgara restableció sus contactos con Europa y el Oriente, con el mundo eslavo y los pueblos balcánicos. La preocupación del pueblo búlgaro por los problemas del país revelaba un alto grado de consolidación de la conciencia nacional. El reconocimiento oficial del Estado búlgaro dentro de sus fronteras geográficas y étnicas naturales se llevó a cabo con un acta oficial: el *Ferman* sobre el Exarcado Búlgaro de 1870, en virtud del cual se incluían en su jurisdicción las tres provincias clásicas de la Península Balcánica: Mesia, Tracia y Macedonia, pobladas desde hacía siglos por los búlgaros.

Al mismo tiempo que va logrando la solución a los problemas de su constitución cultural y religiosa, la nación búlgara lucha desde el principio por su emancipación política. La cronología de las rebeliones contra el poder otomano comienza ya desde principios del siglo XV con el levantamiento de Konstantin y Fruzhin

(1408) y continúa con la participación masiva de los búlgaros en las marchas antiosmanlíes encabezadas por Ladislao Jagellón Varnenchik y en las guerras de los Estados europeos contra Turquía. Los levantamientos en el nordeste de Bulgaria cuyo centro fue Tarnovo (1598 y 1686) lo mismo que el gran levantamiento de Chiprovtsi (1688) así como algunas sublevaciones de carácter local fueron algunos de los intentos más importantes para acabar con la dominación otomana. Esta cronología es completada por la incesante lucha de los *jaiduti* (rebeldes) que protegían al pueblo contra las atrocidades de los turcos.

Con el inicio de la época del Renacimiento la lucha del pueblo búlgaro por la liberación adquirió un nuevo impulso. Los actos de rebeldía se hicieron más frecuentes y en ellos participaron un número cada vez mayor de personas. En el siglo XVIII un numeroso grupo de voluntarios búlgaros participaron en las guerras de Austria y Rusia contra el Imperio Otomano. Ya a principios del siglo XIX los búlgaros se adhirieron a las luchas libertadoras de los demás países balcánicos ayudándoles en sus esfuerzos por rechazar el yugo extranjero. Grandes destacamentos búlgaros tomaron parte en el Levantamiento de Servia (1804) y en la lucha armada de Grecia (1821-1828). A partir de los años 30 se dieron a conocer las primeras acciones independientes contra los sojuzgadores extranjeros. Grandes insurrecciones campesinas sacudieron el noroeste de Bulgaria. A principios de los años 40 en la ciudad de Braila se llevaron a cabo los primeros tres intentos de enviar tropas búlgaras al sur del Danubio, seguidos por nuevas sublevaciones de los campesinos subyugados.

Sin embargo, hasta estallar la Guerra de Crimea (1853-1856) las luchas armadas de los búlgaros, tuvieron un carácter espontáneo y en la mayoría de los casos se

libraban como consecuencia de presiones internacionales, incluso a veces eran el resultado de influencias ajenas más que del propio convencimiento popular. La acción revolucionaria no partía de una ideología nacional única ni de un programa político común. Dada la inestabilidad económica y política de la burguesía búlgara estas luchas nunca llegaron a tener un líder capaz de dirigirlas.

Después de la guerra, la situación cambió rápidamente, aumentaron las posibilidades de una acción revolucionaria efectiva. La Cuestión del Este, es decir, la cuestión de la herencia otomana se agudizó hasta un punto extremo. Había de decidirse el propio destino del Imperio Otomano y del Oriente. Esto creó condiciones favorables para el éxito de la lucha de los búlgaros por la liberación y por su organización social y revolucionaria. También cambiaron sustancialmente las condiciones internas. Hacia mediados del siglo XIX la burguesía nacional se encontraba ya bastante consolidada en el aspecto económico y político. Bulgaria contaba con una intelectualidad nacional capaz de asumir la responsabilidad social que le correspondía. En el momento de la decadencia y desintegración del Imperio, amplios sectores de la sociedad búlgara abandonaron la actitud inerte de los tiempos de la esclavitud y declararon sus pretensiones políticas. Fue así como la nación búlgara se lanzó con vehemencia a la lucha de liberación nacional cuyo término exitoso le permitiría ocupar un lugar propio en la historia de la Europa Moderna. Uno tras otro estallaban motines que, junto con el movimiento por una educación nacional y la lucha por la independencia religiosa, desembocaron en un poderoso movimiento de liberación al que se fue sumando toda la nación.

En los años 50 y 60 del siglo XIX, encabezó la lucha de liberación el talentoso revolucionario G.S. Rakovski (1821-1867). Como ideólogo y táctico de la revolución

nacional, él formuló su meta estratégica: conseguir la liberación de Bulgaria a través de un levantamiento popular organizado al que había de sumarse la acción de destacamentos armados preparados en el exterior. A esta tarea Rakovski consagró su actividad como diplomático de la causa libertadora, como literato, folklorista, etnógrafo y fervoroso periodista.

Fue en la época de Rakovski cuando se fundaron las primeras organizaciones políticas: *Dobrodetelna Druzhina* (Sociedad de Beneficiencia), asociación de los grandes comerciantes que emigraron a los principados danubianos de Valaquia y Moldavia, el Patronato Búlgaro en Odesa, centro de la burguesía búlgara en Rusia. En 1866 en Bucarest se fundó el Comité Central Secreto Búlgaro y la Sociedad Búlgara vinculada a él: dos organizaciones que ponían de manifiesto las aspiraciones políticas de los emigrados revolucionarios liberales.

La aparición de las primeras asociaciones políticas y sobre todo de la propaganda revolucionaria de Rakovski lograron captar la atención de las grandes potencias en la Cuestión Búlgara. Rusia, Francia, Inglaterra y otros grandes Estados comenzaron a preparar programas para la solución de las cuestiones del Este de acuerdo a la nueva correlación de fuerzas en el Imperio Otomano. Esto, por supuesto, impulsó no sólo la actividad de las organizaciones revolucionarias sino también la lucha armada del pueblo búlgaro. Siguiendo la tradición, los revolucionarios búlgaros aprovechaban las dificultades internas y externas que atravesaba el imperio para llevar a cabo las primeras operaciones armadas después de la Guerra de Crimea. En 1867, a sugerencia de *Dobrodetelna Druzhina* fueron enviados a los montes Balcanes los destacamentos de Panayot Jitov y Filip Totiu. En el año siguiente, 1868, en el pico Buzludzha tuvo lugar la heroica

epopeya en la que cayó todo el destacamento rebelde de Jadzhí Dimitar y Stefan Karadzha. Esta batalla anunció el final de una de las etapas del movimiento revolucionario y el inicio de una nueva fase en su organización.

En tal ambiente nació y se crió Vasil Levski, el gran ideólogo y organizador de la revolución búlgara de liberación nacional.

Vasil Ivanov Kunchev (llamado por sus compañeros Levski – león – debido a su gran fuerza y valentía) nació el 6 (según el Calendario Gregoriano, el 18) de julio de 1837 en la ciudad industrial de Karlovo situada en las faldas de los montes Balcanes. Su madre se llamaba Guina Karaivanova Kuncheva. El padre Ivan Kunchev era artesano prosperante del gremio de los tintoreros. El futuro Apóstol era uno de los numerosos hijos que tenía el matrimonio.

Levski pasó una infancia feliz en el seno familiar. Estudió en la escuela del convento local y se pasaba horas enteras escalando los hermosos picos de la montaña que se erigía al norte de la ciudad. Desgraciadamente los años de bonanza duraron poco. Falleció el padre y con la crianza de los hijos tuvieron que cargar la madre y Vasil que por entonces tenía 14 años de edad. Llegaron tiempos de gran miseria y sufrimientos en los que Vasil fue templando su firmeza. Para ayudar al sustento de la familia, Levski acompañaba a su tío, un monje trashumante que recolectaba donaciones para uno de los monasterios búlgaros. Posteriormente Vasil estudió para sacerdote en Stara Zagora, terminó el II año de la renombrada escuela de esa ciudad con sobresalientes. Ansiaba continuar los estudios, pero su tío se negó a mantenerlo más y él tomó el hábito de monje en el monasterio de Sopot con el grado de diácono recibiendo el nombre de Ignati.

En el monasterio el joven estudió teología e historia de la Iglesia preparándose con esmero para su futura labor de educador del pueblo. Pero los acontecimientos acaecidos lo hicieron cambiar sus intenciones. En 1861 en el sosiego monasterial resonaron las ideas rebeldes de Rakovski, entre ellas su pretensión de fundar una Legión Búlgara en Belgrado que junto con el ejército servio debería combatir contra la Puerta Sublime. Esta llamada del primer revolucionario búlgaro hizo que la vida del diácono Ignati cambiara su rumbo. Una mañana el joven se llevó un caballo de la caballeriza monasterial y se dirigió a Belgrado para integrar la Primera Legión Búlgara. Más tarde, al evocar esos sucesos Levski decía: "Me he consagrado a la patria ya desde el año 61, para servirle hasta la muerte y trabajar según la voluntad del pueblo".

En 1862 Vasil Ivanov Kunchev está en la Legión de Belgrado. Allí recibió el seudónimo de Levski con el que pasó a la historia. Junto con sus compañeros combatió valientemente contra la guarnición turca instalada en la fortaleza de Belgrado. Fue ahí donde estudió el arte militar y enriqueció sus conceptos políticos. Poco a poco se fue formando una visión exacta en cuanto a las metas, la estrategia y la táctica del movimiento búlgaro de liberación. Mas como el gobierno servio disolvió la Legión, Levski tuvo que abandonar sus ocupaciones y regresar a su patria. Esto sin embargo, no significó el retorno a la vida monacal. Habiendo abrazado para siempre las ideas de la revolución colgó los hábitos en 1862. Comenzó a trabajar como maestro de escuela, primeramente en su lugar natal y después en Dobrudzha. Sus intenciones revolucionarias lo llevaron en 1866 a Rumania donde fue a buscar a su maestro Rakovski y se incorporó en seguida a los preparativos de los emigrados para la revolución. En el año siguiente fue elegido abanderado del

destacamento rebelde de Panayot Jitov. Incorporado a ese destacamento Levski pasó el verano en la montaña y en el otoño del mismo año se trasladó a Servia. En 1868 volvió a integrar la Legión que fue disuelta nuevamente por las autoridades servias. Durante un tiempo Levski estuvo enfermo y luego se dirigió rumbo a la patria alentado por nuevas esperanzas.

Formando parte del movimiento revolucionario de los años 60 del siglo XIX, Levski tuvo la posibilidad de conocer los problemas de la revolución búlgara, reconsiderar sus etapas y analizar los errores y las deficiencias en la organización de la lucha libertadora.

Su gran intelecto y perspicacia política le permitieron vislumbrar mejor que nadie la necesidad de buscar nuevas vías y métodos para conseguir la liberación de Bulgaria. La experiencia acumulada durante su estancia en Belgrado le hizo comprender lo inoperante de la táctica de los destacamentos y la incapacidad de organización de los emigrados para unificar las fuerzas del pueblo con vistas a una lucha resuelta. En la primavera de 1868 Levski dirigió una carta al voivoda Panayot Jitov en la que exponía sus ideas al respecto. Comunicándole su deseo de hacer más por la causa búlgara él declaraba: "Si gano, gana todo el pueblo, si pierdo, pierdo sólo yo".

En pos de su objetivo, en la primavera de 1868 Levski partió para Rumania. De su estancia en ese país que duró cerca de un año no se sabe casi nada. Lo que se conoce es que en Bucarest recibió el apoyo de la Sociedad Búlgara y una pequeña suma con la que el 11 de diciembre de 1868 se dirigió rumbo a Estambul con el propósito de emprender su primer viaje por Bulgaria para conocer la actitud del pueblo. Después de terminar este viaje, a principios de marzo del año siguiente, Levski regresó a Bucarest. Tras una estancia de dos

meses en la capital de Valaquia, el 1 de mayo de 1869 partió otra vez para Bulgaria, entrando en el país directamente desde Nikopol. De las actividades que realizó en este segundo viaje existe bastante más documentación. Visitó las ciudades de Pleven, Lovech, Karlovo, Kalofer, Kazanlak, Plovdiv, Pazardzhik, Sopot, Chirpan, Stara Zagora y Sliven. Luego regresó al norte de Bulgaria y residió durante cierto tiempo en Triavna, Gabrovo, Sevlievo y Tarnovo. Durante su segundo viaje Levski difundió la proclama revolucionaria, firmada a nombre del Gobierno Provisional establecido en los montes Balcanes y procedió a la creación de los primeros comités revolucionarios internos.

El 26 de agosto de 1869 en Bucarest concluyó su segundo viaje. Habiendo conocido ya la actitud del pueblo y acumulado nuevas experiencias revolucionarias, Levski se incorporó activamente a la tarea de la emigración revolucionaria. A finales de 1869 y principios de 1870 participó en la constitución del Comité Central Revolucionario Búlgaro (CCRB) cuya presidencia fue asumida por Liuben Karavelov. Algunos de los documentos relativos a períodos posteriores testimonian que, en el proceso de la organización de la primera central revolucionaria nacional, Levski defendió sus conceptos en cuanto a la estrategia y la táctica del movimiento de liberación. Partiendo de un análisis de las etapas anteriores de la lucha libertadora, señaló la imposibilidad de llevar la revolución a buen término en caso de que se mantuvieran la estrategia y la táctica empleadas hasta entonces.

Hasta la aparición de Levski en la historia del movimiento revolucionario búlgaro se observan tres corrientes ideológicas, es decir, tres orientaciones políticas. En primer término está la democracia revolucionaria representada por G.S. Rakovski, quien defendía la idea

de la revolución como único camino por el que los búlgaros podrían conseguir su libertad política y su independencia nacional y estatal. La segunda corriente constituía una manifestación del conformismo político, representado por el Comité Central Secreto Búlgaro (CCSB) y la Sociedad Búlgara vinculada a él (1866-1869). Estas dos organizaciones de la emigración burguesa liberal consideraban que la cuestión búlgara podía ser resuelta completando la acción revolucionaria con las actuaciones políticas. Por eso precisamente en su actividad dentro del país vacilaban entre la acción revolucionaria y los procedimientos reformistas, preparando simultáneamente un programa de dualismo político con Turquía y destacamentos revolucionarios como los de Jadzhi Dimitar y Stefan Karadzha.

La tercera corriente venía a expresar las posiciones del conservadurismo político y estaba representada por *Dobrodetelna Druzhina* y a veces, también por el Patronato Búlgaro de Odesa. Los representantes de estas dos organizaciones estimaban que la solución de la cuestión búlgara dependía exclusivamente de la política de la Rusia zarista en el Este. Ellos seguían con atención todas las acciones de la diplomacia rusa. Bajo su influencia se preparó un proyecto para la creación de un reino yugoslavo, que unificara Servia y Bulgaria. Los jefes de *Dobrodetelna Druzhina* y algunos sectores de los grandes comerciantes búlgaros residentes en el sur de Rusia se declararon rotundamente en contra de la revolución. Al grupo de los conservadores hay que sumar también aquellos políticos búlgaros que frecuentaban Estambul y que consideraban que el futuro de Bulgaria dependía más que nada de la política de las potencias competentes en la cuestión del Este, es decir, de Inglaterra, de Francia y del Imperio de Austria-Hungría. De esta forma el campo político se dividía en rusófilos, anglófilos, francófilos y austrófilos.

Aparte de aquellos que aspiraban a la liberación de Bulgaria había también quienes consideraban que el progreso y el bienestar de la nación dependía de la integridad del Imperio Otomano. Eran éstos los turcófilos búlgaros que por diferentes motivos sociales y políticos defendían el orden existente.

De esta forma hasta la aparición de Levski el movimiento libertador búlgaro carecía de una ideología compacta, más bien estaba en función de una política de potencias extranjeras y era incapaz de conseguir su meta estratégica debido a la falta de medios reales y de poder militar. Y no era casual que en las décadas de los 50 y de los 60 del siglo XIX se registrara únicamente la muerte heroica de varios destacamentos que pasaron a Bulgaria desde Valaquia y fueron aniquilados ante la mirada del pueblo que aún no estaba preparado para la revolución. Las posibilidades para un completo desarrollo del proceso revolucionario eran extraordinariamente favorables pero las deficiencias existentes en el movimiento libertador entorpecían la tarea. Para eliminar esta contradicción era necesario cambiar radicalmente la estructura de la organización adoptando una nueva ideología nacional y empleando una nueva táctica revolucionaria.

En este contexto destacó la gran figura de Vasil Levski, en quien recayó la histórica tarea de reconsiderar el pasado, sometiéndolo a un análisis crítico, de dotar a la revolución búlgara de una nueva ideología, y de trazar los planes políticos y estratégicos que ayudaran a resolver la cuestión búlgara.

En la realización de esta tarea Levski se atenía por completo a la idea de Rakovski de que la única vía para solucionar el problema de Bulgaria sería la revolución radical hecha por el pueblo. Esta fue la piedra angular de la ideología nacional búlgara. Se rechazaba tanto

la variante pacífica de los turcófilos y el conformismo de los liberales, como la idea de la ineludibilidad de la dependencia de Bulgaria respecto a las potencias externas que propugnaban los conservadores. Levski proclamaba que sólo mediante una revolución nacional era posible transformar radicalmente el sistema del despotismo tiránico y sustituirlo por una república democrática. Habiendo comprendido la necesidad de una revolución, analizado el estado objetivo y las posibilidades de la sociedad búlgara, y viendo llegar la hora de la prueba revolucionaria, él declaró de forma clara: "¿No es una lástima seguir así? ¿Hay alguien que no conozca los sufrimientos de nuestra pobre patria? ¿Hay acaso un búlgaro que no sienta el dolor de la herida inferida por el tirano y que cada día se le va abriendo más y más? Cualquiera lo sabe y cualquiera lo ve, pero ¡qué más da! A éste la maldita herida le está llegando hasta los huesos y a él no le queda más remedio que morir empuñando el fusil. A aquél no le hace falta convencerle con palabras. El otro parece no sentir aún el dolor que le está carcomiendo y que cuando acabe con él se extenderá a sus hijos y así sucesivamente. Pero, ¿seguiremos tolerando acaso, junto con los que sufren, a esos seudopatriotas de sangre fría que no tienen piedad ni siquiera de sus hijos? ¡No! ¡No! Ni por un solo instante. Ya está decidido: ¡Libertad o muerte!"

Desde este punto de partida Levski se dedicó a elaborar la estrategia política y la táctica del movimiento liberador. Lo primero que hizo fue definir el modo en que habría de llevarse a cabo la revolución. Todo el pueblo, sin distinción de grupos y estratos, debía participar en el levantamiento movilizando así las energías de toda la nación. El comienzo tendría lugar en las zonas más pobladas y más tarde se unirían los destacamentos instalados en las montañas. El mejor momento

para iniciar la lucha era el invierno, pues las condiciones climatológicas del país dificultarían las operaciones del ejército otomano. Levski consideraba que el levantamiento popular debía ser el epílogo a los largos preparativos materiales, militares y políticos. La fecha del levantamiento y su táctica serían determinadas por el Comité Central Revolucionario Búlgaro con sede en Bulgaria, y no por los centros políticos de la emigración que se habían apartado del movimiento popular.

Más adelante, Levski abordó la cuestión de las fuerzas motrices de la revolución de acuerdo al espíritu de la época y al carácter del movimiento de liberación nacional, enfocándola desde el punto de vista teórico, político y organizativo.

El Apóstol opinaba que la revolución no podía ser obra tan sólo de una determinada fuerza social, sino que en ella debía participar toda la sociedad búlgara. "El restablecimiento de nuestro glorioso Estado y la liberación de los malditos agarenos por la que nuestra querida patria Bulgaria recuperará su legítima dignidad y gloria, y por la que, por fin, seremos iguales a las demás naciones europeas, dependen únicamente de la unión de nuestras fuerzas". Más tarde, Levski explicó lo que entendía por "unión de nuestras fuerzas" diciendo que la organización revolucionaria debía trabajar "incesantemente por atraer a gentes de todas las capas de la población búlgara". También señaló la necesidad de aprovechar a toda costa la influencia de los medios más acaudalados de la burguesía para movilizar a través de ellos a todo el pueblo. Con este fin, en 1871 recomendaba a los dirigentes de las organizaciones locales que incorporasen a los comités a "las personas más influyentes" de las ciudades.

Tratando de las fuerzas motrices de la revolución Levski planteaba la cuestión de los *çorbaci**. Teniendo en cuenta que, como defensores de la barbarie asiática en

las tierras búlgaras, los *çorbaci* desempeñaban el papel de vendepatrias y lacayos, Levski insistía en que se les incluyera en la lucha libertadora a la que debían ayudar con recursos materiales y financieros. De esta forma él fue el primero en la historia del movimiento de liberación nacional que llegó a la idea de la violencia revolucionaria, al pedir que los *çorbaci* consiguieran con dinero o con otros medios su derecho a formar parte del pueblo búlgaro.

Con genial perspicacia Levski abordó los aspectos de política exterior de la revolución nacional en Bulgaria. Al comprender que la cuestión búlgara era parte inseparable de las complejas interrelaciones en los Balcanes, y que representaba el núcleo de la llamada Cuestión del Este en la que convergían las contradicciones entre el Este y el Oeste, entre Rusia y las grandes potencias europeas, Levski elevó al rango de una ley sagrada la idea de la independencia política de la organización revolucionaria y de la autonomía política de la revolución búlgara. Aunque no negaba la colaboración con los demás pueblos balcánicos, por ser consciente de que ésta era el resultado de los intereses comunes contra el Imperio, Levski insistía en el carácter autónomo de la revolución búlgara. Esto se podía conseguir a través de un poder militar que fuese capaz de oponerse a las maquinaciones políticas del nacionalismo balcánico.

Levski consideraba que el futuro de los pueblos balcánicos era una república balcánica. Su perspicacia era mayor que la de sus maestros Rakovski y Liuben Karavelov, de quienes había aprendido que a base de los sistemas y relaciones estatales podía crearse una federación de

* Grupo de la sociedad búlgara que apoyaba el poder otomano y gozaba de una serie de privilegios económicos, administrativos y de otra índole.

los países balcánicos o danubianos. Al analizar las tendencias del nacionalismo balcánico, Levski no insistía en la unificación inmediata, sino que consideraba que la futura república balcánica, basada en el principio de la "libertad de los pueblos" podía ser creada únicamente después de liquidadas las monarquías en los países de la Península y una vez democratizadas radicalmente las relaciones políticas en los Balcanes.

En orden a los aspectos internacionales de la revolución, Levski abordó también el asunto de las relaciones con las grandes potencias, las cuales pretendían tomar parte en la solución de la Cuestión del Este. También en este sentido él defendía firmemente la idea de la autonomía del pueblo búlgaro. "De ningún extranjero esperamos nada ni tampoco pedimos nada a nadie. Lo haremos todo con nuestras propias fuerzas unidas. A ellas no se les podrá oponer ni el más poderoso elemento, puesto que ésta es la causa de la LIBERACION POPULAR, es la causa BULGARA".

Si nos dedicamos a hacer una síntesis de lo visto hasta aquí, veremos que los conceptos de Levski acerca de la revolución reflejan las circunstancias propias de la época: el carácter nacional liberador del movimiento revolucionario en un período en que los pueblos se esforzaban por rechazar el poder de los imperios medievales caducos cuando el nuevo régimen burgués anunciaba su aparición. Levski comprobó, argumentó y demostró en forma incontrovertible que únicamente una revolución radical podía asegurar las condiciones para el desarrollo normal de la sociedad, y que ésta era la única vía por la cual el problema de Bulgaria podía ser resuelto de acuerdo a los anhelos de las masas populares.

Levski elaboró de manera brillante también la táctica revolucionaria demostrando que los problemas nacionales y sociales podían regularse sólo después de un levan-

tamiento victorioso. Partiendo de la idea del carácter nacional-liberador de la revolución búlgara, Levski insistía en que se incorporaran a ella todos los estamentos sociales: la burguesía, el campesinado, los artesanos y la intelectualidad. La movilización de las fuerzas de toda la nación y el aprovechamiento de la influencia de los medios burgueses – el factor hegemónico natural en las revoluciones democrático-burguesas – eran a su juicio la condición principal para el triunfo de la revolución.

Esto nos convence de que Vasil Levski era un brillante ideólogo, político, teórico y estratega de la revolución nacional búlgara, que ofreció también un gran aporte a la teoría y la práctica de los movimientos de liberación nacional europeos del siglo XIX.

Refiriéndose a las vías y los medios de la revolución búlgara, Levski formuló sus ideas, esbozó los contornos del mundo futuro, de la estructura y el contenido del régimen político en Bulgaria después de la liberación, sometiendo a una crítica despiadada el sistema despótico que, según el Apóstol, se basaba en la violencia, el terror y la misantropía.

A continuación publicamos los textos más importantes de los documentos de Levski que revelan sus ideas en cuanto al futuro de Bulgaria y al orden social y político que sería establecido después de la liberación.

1. Carta a Gancho Milev de Karlovo, 10 de mayo de 1871:

"Nuestra Bulgaria no será como la que tenemos hoy bajo los turcos. En Bulgaria no habrá rey, sino un *poder popular* (subrayado por Levski, N. del A.). Y a cada uno lo suyo. Cada uno obedecerá su propia voluntad y a cada uno se le juzgará según la ley... *Libertad y república pura*".

2. Levski a Evlogui y Jristo Gueorguiev, 6 de octubre de 1872:

"Este siglo es el siglo de la LIBERTAD y la IGUALDAD (los caracteres mayúsculos son de Levski, N. del A.) de todas las nacionalidades". Cada cual, continúa Levski, desea "vivir en libertad y disfrutar libremente de los dones de Dios, desea ser una persona..." En Bulgaria debemos levantar un TEMPLO DE LA AUTENTICA LIBERTAD (los caracteres mayúsculos son de Levski, N. del A.) y dar a cada cual lo suyo".

3. Borrador de una correspondencia de Levski enviada al periódico "Svoboda" ("Libertad") en enero de 1871:

"Porque nosotros también somos personas y deseamos vivir como personas, con plena libertad en nuestra tierra, ahí donde vive el búlgaro, en Bulgaria, en Tracia, en Macedonia, y donde los hombres de todas las nacionalidades serán iguales en todo a los búlgaros. Tendremos una sola bandera en la que estará escrito: república pura y sagrada. Eso lo deseamos también a nuestros hermanos servios, montenegrinos, rumanos, etc., que no se nos rezaguen... Es hora de que esta empresa gane lo que buscaban y siguen buscando nuestros hermanos franceses, es decir, una "Francia Joven" y una "Rusia Joven", etc.".

4. Correspondencia en el No 7 del periódico "Svoboda", 13 de febrero de 1871:

"Es vuestro deber comunicar a través del periódico – por últuma vez – cuál es la opinión de los búlgaros: que somos personas y deseamos vivir como personas...

Nuestra bandera la izaremos en la Península Balcánica y en ella deberá haber tan sólo tres palabras: "Libertad... y a cada cual lo suyo".

5. Levski a los recién iniciados en la causa revolucionaria, 19 de febrero de 1872:

"El restablecimiento de nuestro glorioso Estado y la liberación de los malditos agarenos gracias a la cual nuestra querida patria Bulgaria recuperará su legítima dignidad y gloria, y gracias a la cual por fin, seremos iguales a las demás naciones europeas, dependen únicamente de la unión de nuestras propias fuerzas".

6. Levski a L. Karavelov, 25 de julio de 1872:

"Nuestra meta es establecer en Bulgaria la Hermandad con todas las personas, no importa su fe o nacionalidad. Damos la mano a todo el que desee derramar su sangre junto a nosotros por la vida y la libertad humanas".

7. Reglamento de los trabajadores por la liberación del pueblo búlgaro, 1871:

"Mediante una revolución general hay que transformar radicalmente el actual sistema de despotismo de Estado y sustituirlo por una república democrática (Poder Popular). En el mismo lugar que nuestros bisabuelos conquistaron con las armas y con su sangre, en el que hoy los bandidos y los jenízaros turcos nos someten a matanzas y saqueos inhumanos, y en donde impera *la ley de la fuerza*, debemos levantar un templo a *la verdad y a la auténtica libertad*, liberarnos de los *çorbaci* turcos y establecer *el acuerdo, la fraternidad y la igualdad absoluta*".

Estas citas al igual que muchos otros pensamientos de Levski que aparecen en sus cartas y documentos programáticos demuestran que él veía el futuro orden social

de Bulgaria como una república democrático-burguesa basada en los siguientes principios fundamentales: ejercicio de los naturales derechos históricos, étnicos, culturales y morales de la sociedad búlgara; garantía de las libertades civiles y políticas mediante un gobierno popular real; estricta observancia de las leyes e igualdad de los ciudadanos ante éstas; barreras políticas seguras contra los abusos del poder; libertad del individuo, de conciencia y de religión. Como gran humanista Levski considera estos principios como base y fundamento de los derechos del individuo, ya que han de ser la garantía que asegure la realización de las cualidades inherentes a la naturaleza humana.

A primera vista parece que en sus proyectos Levski no fue más allá de los pensadores y los teóricos de la revolución democrático-burguesa. En efecto sus ideas se asemejan bastante a las de Voltaire y a las de los enciclopedistas franceses, a las de Montesquieu, Rousseau y Mazzini y los demás célebres escritores europeos del siglo XIX, liberales y revolucionarios. En los conceptos de Levski en cuanto al futuro orden se percibe el fuerte impacto de la Declaración de los Derechos del Hombre proclamada por la Revolución Francesa, que es uno de los más famosos documentos en la historia moderna.

Limitarnos tan sólo a constatar este hecho, sin embargo, sería restarle importancia al aporte singular de Levski. Habiendo conocido la experiencia del movimiento revolucionario y siendo coetáneo de la vehemente evolución del pensamiento político y social en los siglos XVIII y XIX, dotado de un genial intelecto y de una gran perspicacia histórica, Levski enriqueció los conceptos generales de la época referentes al futuro orden. El ponía el acento en la democracia elevándola al nivel de un gobierno popular y en la repartición del poder a la que consideraba como garantía de la "plena libertad".

Para la correcta interpretación del ideario político de Levski es de extraordinaria importancia el vínculo que éste establece entre la estructura sociopolítica y los derechos del hombre.

Siendo el humanista más cabal de la historia búlgara, él creó un sistema propio basado en los cuatro principios siguientes: igualdad de derechos, igualdad ante la ley, la voz del pueblo como voz suprema y poder popular. Estas eran las ideas que lo convierten en uno de los demócratas y humanistas más consecuentes de Europa en el siglo XIX. Es de lamentar, sin embargo, que por razones comprensibles los conceptos de Levski no llegaron a ser conocidos entre aquellos que combatían por la libertad nacional hasta fines del siglo XIX.

x x x

A diferencia de muchas otras figuras públicas, Levski se daba cuenta de que sus ideas sólo llegarían a una élite restringida de la sociedad búlgara si no encontraban expresión material en una organización revolucionaria nueva. Esta organización debería ser capaz de unificar las fuerzas de toda la nación de acuerdo a las tendencias históricas de la época y en el espíritu de sus orientaciones ideológicas y estratégicas. Su perspicacia y extraordinaria capacidad de dirigir le permitieron llevar a cabo una gran labor organizativa y escribir así una de las más brillantes páginas de los anales del movimiento de liberación en Bulgaria.

Según señalamos más arriba, hasta la aparición de Levski este movimiento no tuvo carácter organizado y carecía de los medios y fuerzas que propiciarían la preparación del pueblo para acciones decisivas. El mérito de Levski como organizador consiste en haber comprendido la falta de perspectiva de las formas revolucionarias aplica-

das anteriormente y en haber propuesto estructuras completamente nuevas para la futura disposición de la lucha revolucionaria. En primer término Levski insistía en que se creara una estructura revolucionaria interna mediante la cual se independizara el movimiento libertador búlgaro, dejando en segundo plano los compromisos con potencias extranjeras. Toda su actividad entre 1868 y 1869, cuando realizó los dos viajes mencionados por Bulgaria, estuvo orientada, aunque no siempre de forma consciente, a esta meta. A la misma idea estuvo subordinada, asimismo, la participación de Levski en la organización del Comité Central Revolucionario Búlgaro (CCRB) con sede en Bucarest. Los graves conflictos surgidos entre él y sus colaboradores en la emigración se debieron a las divergencias en cuanto a los principios de la teoría, la táctica y la organización de la revolución.

En primer lugar, Levski no aceptaba la tésis del CCRB acerca de la combinación de los métodos pacíficos y militares de acción que había servido de base al primer programa del Comité redactado en 1870 por L. Karavelov. Además Levski rechazaba la tendencia tradicional de librar una lucha conjunta con los demás pueblos balcánicos y en primer lugar, con los servios, en caso de que esta acción no garantizara en grado suficiente el éxito de la revolución búlgara y el futuro de la sociedad búlgara. La mencionada tesis, defendida fervorosamente por L. Karavelov y motivada por el deseo de limitar el derramamiento de sangre, en esencia emanaba de la desconfianza de la emigración respecto a las capacidades revolucionarias del pueblo búlgaro y a su posibilidad de resolver por sí mismo el problema de su liberación. Y por último, Levski había comprendido que un centro revolucionario con sede fuera del país carecería de posibilidades reales para organizar las fuerzas revolucionarias, que sería incapaz de evitar los errores que se habían cometido en la época

de Rakovski y del Comité Central Secreto Búlgaro (CCSB). Estas tres divergencias fundamentales en los conceptos acerca de la estrategia y la táctica revolucionarias hicieron que durante todo un año Levski se enfrentara a las ideas equivocadas de los emigrados tratando de imponerles su clarividencia estratégica. Al comprender que era imposible erradicar los conceptos erróneos de la emigración abandonó Bucarest y en mayo de 1870 regresó solo a Bulgaria para culminar su obra colosal: la creación de la Organización Revolucionaria Interna.

Fue este un momento crucial en la historia de la revolución búlgara que marcó la transición del liberalismo burgués y las combinaciones políticas fuera del país hacia la organización de todo el pueblo para la revolución. La actitud de Levski demostraba, ante todo, su determinación de desautorizar a la emigración y a sus organizaciones liberales dotando al movimiento de liberación nacional de una estructura completamente nueva.

Comenzó así una gran etapa en la vida del Apóstol. Entre 1870 y 1871 sentó las bases de la Organización Revolucionaria Interna (ORI), creó comités clandestinos en las mayores ciudades del país y fundó el Comité Central Revolucionario Búlgaro con sede en la ciudad de Lovech; este órgano asumió la responsabilidad histórica de ser el guía supremo de la lucha libertadora.

En el curso de esta labor organizativa Levski concibió, probó y afirmó los principios de una organización revolucionaria nueva en esencia. Dichos principios están plasmados en el ya citado *Reglamento de los trabajadores por la liberación del pueblo búlgaro redactado por Levski en 1870/1871.*

El *Reglamento* establece que para el éxito de la futura revolución se necesitaban una perfecta organización, efectivos, armas y municiones. Para las necesidades de los preparativos se creaba el Comité Central Revolucio-

nario Búlgaro que actuaba en Bulgaria manteniendo en secreto la localización de su sede, y que, según la expresión de Levski, estaba "en todas y en ninguna parte". En los párrafos siguientes del *Reglamento* se determinaba la estructura de la ORI que comprendía cuatro niveles: el CCRB como centro político y militar supremo, los comités revolucionarios internos, la policía secreta y el correo secreto.

Los comités revolucionarios internos se fundaron en las ciudades y en algunos pueblos céntricos y obedecían a los mismos principios que el CCRB. Sus tareas eran las siguientes: estudiar y determinar las fuerzas que eran capaces de participar en el levantamiento en una región dada, es decir, el número de los poblados y de sus habitantes, el número de los búlgaros capaces de manejar las armas, las cantidades disponibles de armas y municiones, las personas con cualidades para *voevodi* (caudillos de los destacamentos rebeldes), las vituallas y los animales que podrían ser requisados y todos los demás detalles que tenían que ver con la preparación y la realización del levantamiento. La tarea principal de esos comités era preparar a los participantes en la futura revolución desde el punto de vista práctico y militar.

El *Reglamento* establecía, asimismo, las funciones de la policía secreta que era denominada "poder ejecutivo del Comité Central". Esta obedecía las órdenes del CCRB, estaba compuesta de "personas selectas, resueltas, leales y consecuentes" y desarrollaba su trabajo en la más profunda clandestinidad.

La tercera fuerza organizada del movimiento revolucionario era el correo secreto (también subordinado directamente al CCRB) que sirviéndose de cifras y contraseñas aseguraba el enlace de los numerosos comités, con la más estricta observancia de las reglas de conspiración y que para cumplir con sus tareas llegaba a veces a dar grandes muestras de ingenio.

El *Reglamento* determinaba también el orden en que debía efectuarse el ingreso de los nuevos combatientes y la forma de elegir a los *voevodi* – los jefes militares del levantamiento – y especificaba sus funciones.

El *Reglamento* iba acompañado de una ley que establecía el grado de las sanciones conforme a la más rigurosa disciplina espartana y a la lealtad de los combatientes que habían consagrado sus vidas a la causa libertadora. El *Reglamento* era completado por una *Declaración necesaria* en la que el CCRB, partiendo de la fuerza combativa de la revolución, establecía lo siguiente: "I. Ninguno de los *voevodi* o *çorbaci* búlgaros tiene derecho a representar al pueblo búlgaro ante las demás naciones ni a negociar con éstas sin que el Comité Central tenga conocimiento de ello. II. Nadie tiene derecho a formar otros comités sin que el Comité Central tenga conocimiento de ello. III. Nadie tiene derecho a emitir proclamas revolucionarias y exhortar al pueblo a sublevarse sin que el Comité Central tenga conocimiento de ello".

En una nota anexa al *Reglamento* se especificaba que éste, en tanto estatuto sólo era válido en tiempo de paz: "En cuanto dispare el primer fusil, su efecto cesará, y entrará en vigor una ley de guerra que será introducida por los *voevodi* con el consenso del Comité Central".

Este extraordinario documento del movimiento búlgaro de liberación nacional, redactado por Vasil Levski tras amplias consultas democráticas con los comités internos y con los sectores más influyentes de la emigración búlgara, representa una encarnación de las ideas y los conceptos del Apóstol en cuanto a la revolución, cuyo triunfo debía traer la libertad de Bulgaria.

El *Reglamento* planteaba como tarea principal trasladar el centro del mando revolucionario al interior del país con el propósito de preservar el movimiento libertador contra la influencia y las sugestiones foráneas y

de asentarlo en una nueva base democrática. Este fue precisamente el viraje que se produjo en el desarrollo del movimiento de liberación nacional: del comité como entidad ideológica se pasó a la organización popular de masas y, por primera vez en la historia de las luchas de liberación, se creó una estructura política y organización militar apoyadas en los amplios sectores del pueblo.

El segundo principio importante contenido en el *Reglamento* consistía en la creación de un centro único de mando revolucionario que asumía una extraordinaria responsabilidad histórica. Era éste el CCRB, con sede en Bulgaria, o el Gobierno Provisional. Según los conceptos de Levski el CCRB había de ser el centro supremo de mando y elegirse "según la voluntad de la mayoría del pueblo búlgaro". Este centro dependía única y exclusivamente del pueblo. El CCRB debía disponer de una organización militar, es decir, de una fuerza real mediante la cual ejerciera su poder. Unicamente el CCRB tenía poderes para representar al pueblo búlgaro en las relaciones con los demás pueblos, con las organizaciones y los Estados extranjeros, y derecho exclusivo a constituir organizaciones, emitir proclamas, y fijar el término y la táctica del futuro levantamiento.

El tercer principio fundamental en el que se basaba la Organización Revolucionaria Interna era la más rigurosa observancia de la disciplina revolucionaria que era obligatoria para todos los militantes, organizaciones, dirigentes y correligionarios. Cualquier desviación de la disciplina se castigaba con la muerte.

Como un reflejo de los conceptos de Levski en cuanto a la organización revolucionaria, el *Reglamento* representa un extraordinario avance del pensamiento democrático no sólo respecto al sistema ideológico de la revolución nacional búlgara sino también en relación a las

revoluciones democrático-burguesas en Europa. Si bien el *Reglamento* manifiesta las condiciones específicas de Bulgaria y los planteamientos estratégicos y tácticos sobre su revolución, por el orden sistemático y la lógica de éstos, por la aplicación consecuente del principio democrático conjugado con la posibilidad de imponer la voluntad del pueblo a través de la organización y la violencia, éste es un documento singular en la historia de las revoluciones democrático-burguesas del siglo XIX.

En cuanto a la organización de la labor revolucionaria, Levski supera a sus predecesores y a sus contemporáneos. Elaboró aquellos principios que más tarde sirvieron de base a las nuevas luchas de emancipación política y social.

La Organización Revolucionaria Interna estructurada según los preceptos del *Reglamento* de 1871, se convirtió en poco tiempo en la fuerza política y militar más influyente del movimiento libertador búlgaro. Los cientos de comités urbanos y rurales, la red de la policía secreta y del correo secreto integraron bajo juramento sagrado a miles de combatientes por la liberación nacional. Entre ellos estaban las personas más influyentes de las ciudades y los pueblos: comerciantes, intelectuales, artesanos, campesinos y jóvenes de ideas avanzadas, representantes de las escuelas, las iglesias, los municipios, los patronatos y de muchas organizaciones públicas. Por su estructura y composición ésta era una organización realmente popular, que abarcaba a todos los sectores de la sociedad búlgara. A principios de 1871 Levski decidió ensanchar la base social de la ORI atrayendo a ella a los círculos de la numerosa emigración búlgara para impulsar de esta forma la movilización de todas las fuerzas del pueblo en la lucha por la liberación nacional. Para los fines de la labor en el seno de la emigración Levski creó una representación de la ORI en la ciudad danubiana

de Turnu Magurele que fue encabezada por el comerciante Danail Popov.

El trabajo entre los emigrados era largo y difícil. Primeramente Levski se dirigió a sus ex colaboradores del CCRB en Bucarest enviándoles el 8 de enero de 1871 una extensa carta en la cual les comunicaba su desaprobación por la táctica del centro revolucionario en el extranjero que con sus falsas promesas no hacía sino obstaculizar el trabajo. En el mes siguiente Levski estableció contacto con los famosos *voevodi* — Panayot Jitov en Belgrado y Filip Totiu en Odesa. A través de las cartas que les envió por mediación de Danail Popov, Levski les ponía al corriente de la labor revolucionaria en el interior del país y les exhortaba a obedecer la voluntad del CCRB en Bulgaria. Levski opinaba que no era correcto imitar la táctica de Garibaldi, que supondría el paso de destacamentos armados del extranjero a Bulgaria sin que se tomara en cuenta la disposición del pueblo de iniciar la revolución desde dentro. Por tal razón, Levski exigió al gobierno en el exterior estudiar los asuntos tácticos conjuntamente con los integrantes de las antiguas legiones y destacamentos incorporándolos sucesivamente a la organización interna encabezada por el CCRB en Bulgaria.

La actividad de Levski en el seno de la emigración fue el motivo de graves conflictos con el CCRB en Bucarest y con los partidarios del antiguo Comité Secreto, quienes le inculpaban de haberse atrevido a organizar comités revolucionarios, de proponer un programa político y de utilizar un sello propio, en definitiva, de haber creado una organización, nueva en esencia, sin contar con poderes de parte de la emigración. En el verano de 1871, los dos centros del movimiento revolucionario — en el extranjero y en el interior — mostraron abiertamente su aspiración a encabezar el movimiento de liberación nacional. Esta aspiración halló reflejo en la enmienda

al texto de sello hecha por Liuben Karavelov quien añadió al *Gobierno Provisional* las palabras *Departamento No 1 del CCRB*. Para Levski quien desde hacía mucho tiempo polemizaba con la emigración sobre los problemas de la táctica revolucionaria, éste era un motivo para que procediera a su desautorización política definitiva.

El 20 de junio de 1871 Levski envió dos cartas a los jefes de la emigración. Analizando las divergencias ideológicas y organizativas que condujeron en 1871 a la escisión del Comité de Bucarest y respondiendo a la propuesta de los emigrados acerca de una unión, Levski definió con mucha exactitud las condiciones de la futura labor conjunta. Al recordar a los líderes de la emigración que no tenían ningún derecho a emprender cualquier acto sin consultar al CCRB de Bulgaria, Levski les invitó a visitar a D. Popov en Turnu Magurele y conocer los documentos de la ORI.

He aquí un fragmento de una de las dos cartas que deja ver claramente las posiciones de ambos centros revolucionarios: "Creo y espero que ustedes obedezcan a la voz suprema del pueblo que ya ha decidido: el CCRB está en Bulgaria y hasta que él no firme no se hará nada, ¿entienden? El que no tiene hambre no sabe cuánto pan darle al hambriento, por eso hay que preguntar al que tiene hambre cuánto pan quiere. Dicho más claramente: los ríos pequeños desembocan en los más grandes. Toda persona sensata lo entiende y ustedes también han de entenderlo.

"En su segunda carta se verá si seremos hermanos unidos. Ojalá se consolide nuestro Comité Central para que pueda echar raíces también al otro lado del Danubio".

Este texto, que se repite en distintas versiones en casi todas las cartas que Levski envió a los líderes de los emigrados, no deja lugar a dudas de que Levski re-

chazaba las pretensiones del CCRB de Bucarest para asumir el mando del movimiento revolucionario, y que exigía rotundamente a los emigrados obedecer las órdenes de la organización interna. Es más, las exigencias de Levski y del Gobierno Provisional de Lovech tenían carácter imperativo. Eso se percibe de forma clara en la segunda parte de la misma carta en la que Levski rechaza la proposición de los emigrados de convocar la futura asamblea general en Bucarest. Partiendo de la idea de que el auténtico centro directivo del movimiento era el Gobierno Provisional y que la Organización Revolucionaria Interna contaba ya con una amplia red de organizaciones en Mesia y Tracia, y que también en "Macedonia se ha dispuesto la creación" de tal red, Levski insistía en que la futura asamblea general se celebrara en Bulgaria.

Los emigrados se negaron a obedecer las instrucciones del CCRB de Bulgaria o del Gobierno Provisional, debido a lo cual Levski prohibió terminantemente a D. Popov informar a los búlgaros en Valaquia de los asuntos de la ORI, puesto que ellos aún no tenían Estatutos, es decir no formaban parte de la Organización Revolucionaria Interna y, por tanto, no eran responsables en caso de cometerse algún delito. Además, agrega Levski, no obran en consecuencia, sino que "hoy, lo hacen todo con buen orden, mañana sin orden, y pasado mañana peor todavía".

Esta reseña, breve pero también elocuente, muestra la actitud de Levski hacia la política de los emigrados y hacia la actividad del CCRB de Bucarest. El se distanció por completo de estos dos círculos llegando a la conclusión de que "con su cuero no servía ni para hacer unas simples abarcas". Y en más de una ocasión les replica que ellos mismos, con sus vacilaciones e inconsecuencias, obstaculizan y estropean la empresa revolucionaria". Considera que los emigrados son gente tan

inconsecuente y testaruda que incluso "mañana puede crear un partido opuesto al nuestro".

De esta forma con la creación y la consolidación d la Organización Revolucionaria Interna en 1870-1871 se formaron dos centros: uno, interno (CCRB de Lovech el Gobierno Provisional de Bulgaria) encabezado por Lev ski, que era el portavoz de los anhelos del pueblo búlgar de libertad e independencia, y que actuaba en el espíritu del democratismo revolucionario consecuente; y el otro externo (el CCRB de Bucarest) encabezado por Liuben Karavelov, que aunque se planteaba las mismas tareas, se ocupaba principalmente de hacer propaganda revolucionaria y era inconsecuente y pasivo, es decir, poseía las características propias del ala liberal burguesa en el movimiento revolucionario.

Ambos centros divergían no sólo por sus principios ideológicos, sino también por su estructura orgánica. El centro interno contaba con una amplia red de comités revolucionarios creada por Vasil Levski. Esta red se convirtió en un arma política y revolucionaria muy poderosa gracias a la cual la causa libertadora pasó a ser obra del mismo pueblo que rechazó la tutela de las potencias extranjeras que desde siempre habían tratado de arreglar la cuestión búlgara conforme a sus propios intereses. El centro en el exterior, el de Bucarest, no disponía de una organización propia ni de poder militar. Era éste el Comité que se ocupaba únicamente de hacer propaganda de la revolución y de vez en cuando de realizar combinaciones de política exterior.

En 1871 junto con la tendencia a la separación y a la imposición de uno de los dos centros, surgió también otra: la de unificar las fuerzas de ambos centros con vistas a conseguir las metas estratégicas de la revolución búlgara, es decir, la liberación de Bulgaria del yugo otomano. Hacia fines del mismo año la tendencia a la unificación ya prevalecía.

Vasil Levski y la Organización Revolucionaria Interna comprendían bien que la unificación con los emigrados podía afirmar los nuevos principios ideológicos y orgánicos del movimiento libertador como resultado de lo cual el CCRB con sede en Bulgaria ocuparía su lugar natural de organo supremo y único de la revolución. Ellos sabían además que sin el apoyo y sobre todo, sin los recursos de los emigrados ricos, sin la posibilidad de una actuación legal y de una propaganda libre en el extranjero, de la compra de armas a firmas extranjeras, los preparativos de la revolución resultarían prácticamente inconclusas. El CCRB de Bulgaria necesitaba a los emigrados también como intermediarios en las negociaciones con Estados y movimientos extranjeros.

El CCRB de Bucarest por su parte, se iba convenciendo cada vez más de que sin las fuerzas del pueblo, organizadas por la Organización Revolucionaria Interna, era imposible emprender pasos radicales para la liberación de Bulgaria. Tomando conciencia de quién era el más fuerte, en un principio algunos funcionarios y más tarde amplios sectores de la emigración comenzaron a obedecer las órdenes de la ORI.

De esta forma las tensiones empezaron a desaparecer ya en 1871 y en el otoño del mismo año se iniciaron serias negociaciones y largos preparativos para la convocación de una asamblea general de los revolucionarios en Bucarest.

La asamblea general tuvo efecto del 25 de abril al 5 de mayo de 1872. Asistieron a ésta representantes de 25 comités revolucionarios de Bulgaria, Valaquia y Besarabia (Bolgrad). Dado que algunos de los delegados por los comités tenían más de un mandato, los representantes de la Organización Revolucionaria Interna en la asamblea eran 33 contra 17 que eran los votos de los emigrados.

La Asamblea general de Bucarest aprobó los nuevos Estatutos y programa del CCRB que eran obligatorios para los dos centros. Se llevó a cabo así la histórica unificación de las fuerzas de la ORI y de la emigración política búlgara. El análisis de los documentos aprobados por la asamblea demuestra que, a excepción de algunas concesiones hechas por Levski, ésta aprobó definitivamente su idea de una acción revolucionaria intransigente. La asamblea le concedió además, poderes especiales de "Apóstol principal de Mesia, Tracia y Macedonia" reconociendo así su derecho de dirigir y organizar la revolución.

A los dos meses de celebrada la Asamblea General, Levski se quedó en Valaquia con el propósito de esclarecer y regular en definitiva sus relaciones con el nuevo Comité Central Revolucionario Búlgaro. El 1 de julio de 1872 él regresó a Bulgaria para continuar su labor de dirigente de la ORI y prèparar directamente al pueblo para el levantamiento.

El invierno y el otoño de 18'/2 transcurrieron bajo el signo de grandes esperanzas. Vasil Levski tuvo la posibilidad de mostrar todo su talento de organizador. Fueron incorporados a la lucha miles de combatientes nuevos. El Apóstol logró extender la red de la ORI a todo el país y ésta llegó hasta Macedonia. Se constituyeron comités revolucionarios provinciales, los cuales asumieron el mando del movimiento en las regiones respectivas. La policía secreta y el correo secreto de la ORI se volvieron más sólidos. Conforme a una instrucción de Levski comenzaron a recolectarse fondos para la compra de armas; se elegían y preparaban los futuros jefes militares del levantamiento. Poco a poco Bulgaria se acercaba a aquel "instante feliz" en que iba a ver ondear la bandera de la revolución.

La actividad de Levski en aquel período estuvo jalonada por muchísimas hazañas. Con su ejemplo personal y

gran audacia él preparó a miles de nuevos combatientes. Fue recorriendo una tras otra las ciudades y los pueblos para instruir y educar. Toda su ardiente labor sin embargo, no contó con el apoyo necesario por parte del CCRB de Bucarest. Es más, Levski debía hacer lo posible para despertar a los emigrados del letargo en que estaban sumidos. Desde Bulgaria a Bucarest se enviaban muchas cartas. Levski solicitaba a los emigrados comprar armas y acordar con Servia el adiestramiento de 150-200 jóvenes búlgaros en la Escuela Militar de Belgrado. Levski era infatigable: advertía, insistía, suplicaba, reprochaba, amenazaba. A pesar de tan grades esfuerzos, sus pedidos quedaron sin cumplir por la emigración.

Levski debía combatir también un enemigo interno e igualmente peligroso: la anarquía y la falta de disciplina que mostraban su ayudante Dimitar Obshti y otros jefes de los comités revolucionarios internos que el 22 de septiembre de 1872 cometieron el asalto al correo turco en el paso Arabakonak de Stara Planina (los montes Balcanes). Este acto de desenfreno contribuyó a la destrucción de la ORI y a la muerte del Apóstol.

* * *

Vasil Levski quedó en la mente del pueblo búlgaro como una personalidad imponente y multifacética, viva encarnación de las ideas y las conquistas históricas de la nación búlgara, vinculadas directamente con su nombre. Sin la teoría revolucionaria, sin la apostólica labor revolucionaria, los ideales del futuro y el autosacrificio en aras del hombre, Levski no hubiera permanecido en la historia búlgara aunque hubiese tenido cualidades personales mucho más valiosas. Su magnitud ha de ser medida ante todo por su talla como revolucionario, luchador y pensador.

Aquí cabe preguntarse qué clase de hombre fu Levski para dejar tan profunda e imborrable huella en l historia búlgara, tan noble y eterno recuerdo en la memo ria nacional.

Las fuentes en las que se pueden buscar los rasgo que perfilan la imagen del Apóstol son tres: sus cartas y mensajes, las referencias de sus contemporáneos en cuan- to a sus cualidades y lo que la memoria histórica del pue- blo búlgaro conserva al cabo de cien años de su muerte. A esas tres fuentes habría que añadir también la valo- ración de los investigadores extranjeros que han obser- vado y estudiado nuestra historia desde fuera.

Han llegado a nosotros cinco retratos de Levski, al- gunos de ellos falsos o retocados. Para completar su imagen se podrían añadir a esa información visual tam- bién las descripciones de sus contemporáneos.

Ivan Vazov: "Levski era de estatura mediana, del- gado y esbelto, de ojos grises, casi azules, de bigotes ro- jizos, cabello rubio, rostro blanco, ovalado y demacrado por un constante pensar y velar pero iluminado por una eterna y natural alegría. Era extraño que este joven que divulgaba las peligrosas ideas de la libertad, de la lucha y de la muerte, y que se sometía a diario a graves riesgos, ese hijo de la noche, del desierto y las adversidades, tu- viera carácter tan alegre... Mas cambiaba siempre que las circunstancias se lo imponían. Su rostro se oscure- cía, su mirada se tornaba seria, su voz imponía, ordena- ba, su verbo sencillo y natural emocionaba, conmovía, convencía..."

Stoyan Zaimov: Levski es un hombre que tiene "físico de atleta y ojos de hechicero".

A esas características y a las muchas otras que hay se podría sumar también la opinión de la escritora inglesa *Mercia MacDermott* que tiene publicado un libro sobre el Apóstol: "La imagen de la libertad apenas si hubiera

podido hallar una encarnación más acertada que la que tuvo en ese joven rebelde, alegre y rebosante de vida... Poseyó los rasgos propios de un personaje de los cuentos de hadas: era joven, guapo, de gran carisma, valentía, dedicación y una aparente habilidad para pasar intacto a través del abismo de la muerte. Tenía la espontaneidad de un niño y el poder de mesías que en él se fundían en un todo sobrenatural capaz de inspirar confianza y de someter... Lo que más impresionaba eran sus ojos. Su brillo perturbador podía acariciar, amenazar y quemar. Eran pocos los que podían resistir a su ardiente mirada..."

Los renglones anteriores sintetizan la esencia de los recuerdos de sus contemporáneos en cuanto al aspecto exterior de Levski y esbozan una imagen idealizada. En los ojos de sus compañeros él brillaba con un encanto romántico. Era guapo e inigualable, de rostro alegre o severo, de ojos hechiceros, de corazón valiente e increíble fuerza. Este ingenuo y romántico arrebato ante la imagen de Levski expresa la veneración histórica por su espíritu y su obra. Los hombres pusieron a Jesucristo la aureola porque les había prometido el reino de los cielos. Dotaban a sus héroes de una belleza cabal porque no querían que sus ídolos tuvieran una apariencia deforme. La idealización se manifiesta, pues, como una eterna perduración del espíritu humano, y refleja sus sueños por un futuro mejor y más perfecto en la imagen de los héroes nacionales y mundiales.

En realidad Levski fue un búlgaro común y corriente, un hombre como cualquier otro. Era fuerte como montañés, de ojos azules y belleza eslava a la que iluminaban constantemente los más nobles y supremos ideales. Mas en su personalidad habría que buscar lo espiritual. En este aspecto Levski se nos revela como un romántico renacentista, audaz y atrevido al que el tiempo es incapaz de reprimir. Destacó ante todo por su gran

amor a la vida. Nada podría testimoniar mejor esas características de Levski que una carta del poeta revolucionario Jristo Botev a Ivan Drasov en la que aquél dice: "Vivo en uno de los suburbios de Bucarest, en un molino de viento junto con mi compatriota Vasil El Diácono. Mi amigo Levski con el que compartimos la vivienda tiene un insólito carácter. Aun en los momentos más críticos está siempre de buen humor, del mismo modo que cuando nos encontramos en la mejor situación. Hace un frío de perros, llevamos ya dos o tres días sin comer, y él está cantando y riendo. Canta también por las noches antes de ir a la cama y también al madrugar. Por más desesperado que uno esté, él le devolverá la alegría y le hará olvidar toda su tristeza y sus sufrimientos. Es agradable vivir con una persona así".

Todos los que conocieron de cerca a Levski se refieren invariablemente a ese espíritu vital que no abandonaba al Apóstol ni siquiera en los instantes más difíciles; le recordaban cantando en alguna reunión o en la iglesia; nunca perdió la oportunidad de bailar en las fiestas populares.

Esta característica de Levski nos habla sin duda de una ternura, de un lirismo, de una vitalidad sin límites. Mas el Apóstol no fue simplemente un individuo alegre. Su carácter risueño reflejaba a la vez el optimismo de la época y la plena consagración a una gran causa histórica. Por eso se podría confiar en las palabras que se le atribuyen cuando una vez le preguntaron si no tenía miedo, y cómo podía estar siempre tan alegre: "Cómo voy a tener miedo si antes de tomar por este camino envié mi alma a Dios".

Es así como en su "insólito carácter" convergen la vitalidad y el espíritu del autosacrificio. Si analizamos el texto de una carta enviada por Levski a Filip Totiu, en la que al tratar algunas cuestiones del movimiento

libertador el Apóstol llega a importantes conclusiones filosóficas respecto al hombre, encontraremos los rasgos que mejor revelan su mundo espiritual. Sus sencillas palabras parecen decirlo todo: "Estamos ávidos por ver libre a nuestra Patria, aunque nos toque hacer el trabajo más ingrato. ¿No es así? A mi entender – prosigue Levski – eso es lo más correcto y humano". Y luego añade: "No me importa sufrir ni llevar una vida miserable, ni tampoco me importa estar constantemente perseguido por la policía y por los engendros búlgaros, de una ciudad a otra, por los pueblos y los campos. No digo que en estos tiempos horrorosos y difíciles haya sido yo el más capaz, ni por eso se me conceda uno u otro puesto. Al contrario, si alguien es más capaz debo cederle mi puesto y trasladarme a otro, inferior. La historia no le atribuirá mis méritos a otro.

"... Le he prometido a mi Patria sacrificarme por la libertad y no el ser una persona importante. Que lo decida el pueblo, yo no voy a abogar por mí mismo. Eso está considerado por los hombres como una cosa vana y ordinaria.

"¡Qué más puedo desear que ver libre a mi Patria! Esta es nuestra tarea; no quiero ocupar un cargo eminente sino vivir y morir, hermano. Hemos de plantear esto a cada trabajador búlgaro. Sólo entonces nuestra empresa tendrá éxito y Bulgaria brillará más que ningún Estado de Europa".

Estas palabras revelan la dedicación del Apóstol al pueblo y al futuro. Resuenan con tanta fuerza y sinceridad, que incluso en nuestro siglo, tan pragmático, nadie podría quitarles la importancia que tienen.

¡Qué más puedo desear que ver libre a mi Patria! Difícilmente podemos encontrar palabras más impresionantes en el pensamiento político búlgaro, sentencias que encierren el contenido de toda una vida, que no son

frascología demagógica sino que constituyen la esencia de una singular cosmovisión.

Si queremos tomar el camino exacto en el intento de descubrir el mundo espiritual de Vasil Levski, hemos de comenzar por la gran abnegación del Apóstol, fruto no sólo de su personalidad, sino también de la predisposición espiritual de la época renacentista, del espíritu y el estilo del Renacimiento búlgaro y del romantismo de la revolución nacional.

Sabiendo esto, podremos explicar y esclarecer mejor las demás cualidades de Levski.

El Apóstol quedó en la memoria de las generaciones por su modestia y sencillez que nos recuerdan al noble ascetismo cristiano. De esta sencillez que caracterizó la vida y el pensamiento de Vasil Levski quedan múltiples testimonios. Se refleja claramente también en los renglones citados más arriba en los que el Apóstol manifiesta su disposición a ceder su puesto a aquel que sea "más capaz". En sus cartas a los líderes revolucionarios Levski advierte invariablemente que si en la organización hay modestia y justicia, y si a cada cual se le da el trabajo que le corresponde según sus méritos, "nadie se atreverá a engreírse ni de este modo sembrará la hostilidad entre nosotros, la misma que llevó a nuestra Patria a la perdición".

La modestia de Levski quedó expresada una vez más durante la Asamblea General celebrada en 18/2. Sin renegar de sus principios e ideales, que eran el contenido supremo de su vida, hizo algunas concesiones sobre una serie de cuestiones prácticas, tras lo cual reemprendió con la misma modestia y abnegación el camino elegido. Varios meses después, al conocerse las pretensiones de algunos funcionarios de ocupar el puesto de Apóstol que le había sido conferido a Levski, éste pidió al CCRB que fuera sustituido por otra persona con vistas a que

pudiera dedicarse a la tarea más importante del momento — recolectar fondos y armas — por la que trabajaría día y noche y por la que no buscaba más recompensa que ser útil a la causa.

La modestia y la abnegación caracterizaban asimismo su forma de concebir las relaciones entre las personas, de aquellas emanaba también su agudo sentido de la crítica y de la autocrítica. "Trabajamos por la Patria, compañero" — exclamaba en una de sus cartas — Dime tú cuáles son mis defectos y que yo te diga cuáles son los tuyos, y que después nos demos la mano y marchemos juntos, si es que queremos ser hombres".

Por supuesto, la sencillez del Apóstol, su trato natural con la gente nada tienen que ver con la mediocridad de aquél que vive, sumido en su pobreza espiritual. Son, por el contrario, las cualidades de una persona grande, de un alma noble.

Muchos de los amigos del Apóstol, cuyos nombres integran las crónicas históricas, se han hecho legendarios en la memoria popular. Además cada niño búlgaro conoce ya desde pequeño las peripecias de ese hombre de fuerza sobrenatural que recorría Bulgaria saliendo intacto de las emboscadas, que era esperado a cada paso, perseguido por la policía turca, delatado por los traidores, que aparecía en diferentes pueblos y ciudades disfrazado de mercader o carbonero, y que marchaba intrépido contra las asechanzas de la muerte. Todo el mundo sabe que incluso en las más difíciles situaciones Levski jamás se dejó vencer. Los cientos de leyendas románticas han convertido a ese orgulloso rebelde en un símbolo de los deseos del pueblo de sacudirse de la sumisión y de encontrar el ídolo de sus anhelos de libertad.

Es importante sin embargo, señalar que los numerosos ejemplos de su valentía, reales o imaginarios, son sólo unas pocas manifestaciones del gran valor histórico del

Apóstol. Eso es mucho más importante que sus características físicas. La valentía de Levski no era la de un valentón cualquiera. Es ante todo una determinación de rechazar el mundo caduco apoyado en la tiranía y el conservadurismo. Su intrepidez se manifiesta en la capacidad de trazar los contornos de un mundo justo en medio del caos salvaje de un imperio asiático. Es así como la valentía del Apóstol es bien diferente de toda exaltación fanática y de la insensatez de cualquier incursión aventurera de carácter social. Es una valentía ennoblecida por su intelecto extraordinariamente perspicaz.

La intrepidez y el valor de Levski están orgánicamente vinculados a una racionalidad bien medida, sin la que ni él ni la organización que creó hubieran podido cumplir su histórica misión. Es ésta una amalgama perfecta de inteligencia y valentía. No casualmente en sus cartas el Apóstol señala que la revolución había de ser obra de los inteligentes y los valientes que actuaran hombro con hombro y tuvieran méritos iguales para la causa libertadora.

La característica de la histórica valentía de Levski se vería completada por una comparación con Dimitar Obshti: dos figuras que vivieron y trabajaron en la misma época, en la misma organización, en nombre del mismo objetivo, ambos de una extraordinaria valentía.

Dimitar Obshti, el primer ayudante del Apóstol fue también un individuo fuerte y valiente que hizo del levantamiento su profesión y sentido de su vida. Combatió bajo las banderas de Garibaldi y en el Levantamiento de Grecia en la isla de Creta, en 1866 y al igual que Levski formó parte de la Segunda Legión de Belgrado. Como dice el pueblo "Ahí donde dispare el fusil él es siempre el primero en aparecer".

Elegido para ser ayudante del Apóstol, Obshti se lanzó con temeridad a la constitución de comités y a la

organización de la policía secreta; a preparar emboscadas y a ajusticiar enemigos y traidores. No obstante, el coraje de ese hombre era muy diferente del valor de Levski. Obshti era analfabeto, un individuo de ideas limitadas. Su valentía expresaba la ambición inconsciente por dirigir, someter y mandar. Le eran completamente ajenos aquellos ideales que hacen de la audacia una cualidad noble. Su coraje era el del pistolero y del aventurero. La manifestación culminante de su aventurismo fue el mencionado asalto al correo turco en el paso de Arabakonak.

Levski era la antítesis de Obshti. El puso su valentía y pasiones al servicio del gran objetivo. Levski era un hombre resuelto, consecuente y ante todo, racional. Recurría a las armas únicamente cuando era imprescindible y prefería siempre convencer. Parece que el destino juntó a esos dos hombres relevantes para que así pudiera destacar mejor la magnitud de la auténtica valentía, en oposición a la insensatez y a la desmesura.

El valor de Levski medido desde el punto de vista histórico, el valor del Apóstol de la revolución búlgara, está envuelto en un maravilloso idealismo que lo acompañó durante toda su vida, desde el año 1861 hasta la horca. Esta combinación de idealismo y abnegación dio lugar a toda una serie de cualidades que dejaron huella dondequiera que estuvo presente su espíritu.

En primer lugar, cabe mencionar el infinito humanismo de Levski que se manifestó en su amor por la gente humilde, por el campesino, por el artesano y por el intelectual: todo el que conoció a Levski se identificó con el espíritu de la época. La agenda de Levski contiene algunos datos de interés que revelan esta faceta de su carácter: tiene anotadas pequeñas sumas que prestó a las personas que se veían en un aprieto aunque también a él le sucedía a menudo pasar hambre o errar sin un cen-

tavo en el bolsillo. Están apuntadas asimismo las letras de algunas canciones populares que él cantaba en las fiestas, como también recetas para dolores de muelas, para curar la ictericia y otras dolencias. Mercia MacDermott ha resumido todo eso en unas pocas palabras: "Su misión era la de sacar al pueblo del infierno y conducirlo hacia la luz, pero si en ese camino le fuera posible aliviar aunque fuera a una sola alma, él se detendría para hacerlo y además con aquella compasión y sensibilidad que son quizá sus rasgos más distintivos".

Todos esos hechos al igual que muchos otros que revelan la gran sensibilidad de Levski hacia el dolor y los sufrimientos del hombre sencillo no constituyen más que el primer esbozo del retrato de ese humanista cabal de la historia búlgara. Mas el Apóstol ha quedado en la historia como un gran humanista no sólo por esos pequeños gestos que cualquier persona hubiera sido capaz de hacer, sino por su clarividencia y su concepción del futuro en la que proyectaba una sociedad capaz no sólo de curar los dolores de la gente sino también de garantizar una existencia plena. De no haber sido así él se hubiera parecido a cualquier monje que lleva en su bolsa hierbas y remedios para ganarse la confianza de los infieles. Levski no repartía recetas con ese propósito, es más, él exhortaba a luchar a vida o muerte en nombre del ser humano. Este es el mejor testimonio de su humanismo.

Las características personales del Apóstol, aquellos vuelos del espíritu propios de la época renacentista y su gran amor por el hombre, no bastan para ofrecer una imagen exacta de esa genial figura, pues podrían encontrarse igualmente en muchas otras personas que no han pasado a la historia. Tampoco hubieran tenido sentido de no haber sido inspiradas por el agudo ingenio del Apóstol y su gran habilidad de analizar y contemplar el futuro con valentía. Su ideario irreductible es el rasgo más sobre-

saliente de su carácter y tampoco podría ser explicado, a no ser sobre el fondo de todo el conjunto de cualidades que poseía y, antes que nada, de su extraordinaria disciplina, una disciplina férrea. De no ser así sería incomprensible que con unas cuantas monedas en el bolsillo y, perseguido incesantemente por la policía turca a lo largo de cinco años, pudiera recorrer las ciudades y los pueblos y hacer de los que antes eran esclavos, combatientes entregados a ultranza a la causa revolucionaria. La intachable disciplina de Levski tuvo una importancia extraordinaria tanto para Bulgaria como para todo el Oriente Europeo. Incluso a veces resulta inexplicable que en ese atrasado rincón de Europa donde imperaba un ritmo de vida moroso haya nacido una persona tan disciplinada, consecuente, tenaz, en búsqueda constante y febril de su gran objetivo. Aun sólo estas cualidades de Levski serían suficientes para despertar a la sociedad búlgara y orientar su mirada al futuro.

El conjunto de las cualidades del Apóstol podría ser completado también por algunas virtudes más: ahorro estricto, ascetismo en nombre de la gran causa, abstención, etc. Mas incluso todas esas nobles virtudes no hubieran podido convertirlo en una figura histórica, de no haber sido por su gran intelecto y genial habilidad de organizador y guía del pueblo.

Hay un episodio en la vida de Levski que parece enfocar toda su nobleza de espíritu, enalteciendo aún más su magna figura. En el otoño de 1872 la Organización fue descubierta y le fue asestado un duro golpe. Fueron detenidos los colaboradores más allegados a Levski. Aparecieron los primeros síntomas de desorganización y falta de disciplina. Levski fue sometido a reproches y calumnias. Desde el Comité de Bucarest llegó la orden de iniciar el levantamiento. La policía turca cogió la pista del Apóstol. A Levski le resultó imposible encontrar un

lugar seguro donde esconderse. Cuando todo parecía desplomarse con estrépito, Levski reveló una vez más sus extraordinarias cualidades. Cualquier aventurero hubiera desplegado la bandera movido por el impulso de pasar a la historia. El que actúa movido tan sólo por intereses egoístas y no a favor de la causa, hubiera dado la orden de iniciar de inmediato el levantamiento para no quedar mal ante el mundo. El cobarde hubiera corrido como el ratón a su agujero y, para salvar su pellejo, hubiera permanecido allí esperando que pasara la tormenta. El anarquista hubiera declarado que cuanto peor es, tanto mejor será.

Levski procedió de forma distinta. Escribió cartas a sus amigos y colaboradores para advertirlos. Atravesando las emboscadas, recorrió las ciudades y los pueblos para salvar a los comités. Fue también a Lovech, donde le acechaba la muerte, para recoger el archivó que contenía datos sobre todos quienes habían puesto en juego sus vidas por la libertad de Bulgaria.

A la par con esa infinita abnegación, Levski volvió a demostrar una vez más su generosidad y sentido común. Rechazó la orden del CCRB de dar inicio al levantamiento, ya que había examinado y cotejado todos los elementos de la situación y no podía permitir que se incurriera en una aventura que hubiera tenido el único efecto de derramar la sangre del pueblo sin posibilidades reales de éxito.

Humanismo y racionalidad manifestados en una actividad históricamente oportuna: así fueron las últimas horas del gran Apóstol de la Libertad. Lo demuestra muy bien el camino recorrido desde noviembre de 1872, cuando fue detenido, hasta su muerte.

Todas estas virtudes de Levski tuvieron su más brillante manifestación en su comparición ante el tribunal turco en enero de 1873 cuando, encarando la muerte, el

Apóstol mantuvo firme su ánimo. El estaba consciente dè lo que iba a suceder. Sabía bien que ésta sería su última contienda contra los subyugadores. Mas estaba preparado para hacerlés frente ya desde el mismo instante con la idea de que su muerte fuera útil a sus compatriotas. Es muy reveladora en ese sentido la confesión que había hecho dos años antes de enfrentarse al juzgado: "Le he prometido a mi Patria sacrificarme por la libertad", y luego, con un gran sentido de pertenecer a la memoria histórica explicó a sus compatriotas que el que muere por la libertad "queda vivo para siempre". Estaba convencido y procuraba convencer también a los demás que para el combatiente "no hay miedo, ni excusas y su muerte es el verdadero consuelo y la salvación de su alma".

El hombre a quien pertenecen esas palabras, probadas por su propia vida, no fue a comparecer ante el tribunal turco sino ante el de la historia.

Por eso, al ser preguntado "¿Cuál es tu oficio?", Levski respondió tranquilo y seguro: "Mi oficio es aliviar la situación de los búlgaros y estuve recorriendo el país para infundirles ánimo". Luego añade: "Me encomendaron la tarea de dar esperanza a toda Bulgaria".

Los jueces apenas lograron disimular su contento. Este hombre orgulloso, pensaban, lo contará todo, le dará por perpetuar sus actos clandestinos para las futuras generaciones, y nosotros podremos desenredar toda la conspiración y obtener la bendición del sultán y también honores y cargos en Estambul. Seguidamente llovieron las preguntas. "Muchas personas te conocen y se han entrevistado contigo, ¿por qué no quieres decir sus nombres?".

La respuesta de Levski frustró las esperanzas de los jueces: "No concozco a nadie". Los *agás* sabían bien quién era el hombre que decía eso, mas ante la tentación que representaba para ellos el dulce paraíso del Bósforo, trataron de disimular su fracaso y de engañar

a quien durante años enteros había engañado a su policía, y a todo el Estado.

El interrogatorio fue reanudado ya al día siguiente. Las preguntas eran provocadoras y contradictorias. El tribunal pretendía esclarecer todo lo relacionado con la actividad de la organización secreta. Levski escuchaba y analizaba. Se dio cuenta de que el juzgado disponía de documentos reveladores y cambió en seguida la táctica preparada de antemano. Decidió contar algunas cosas de las personas que estaban fuera de cualquier peligro para prevenir a aquellos de sus antiguos colaboradores que se encontraban en el interior del país.

Los jueces quedaron engañados y burlados. Levski dijo simple y llanamente: "Ya nos hemos probado los unos a los otros. No crean que van a enterarse de lo que no saben". De ahí en adelante Levski o callaba o si decía algo, no mencionaba ni un solo nombre, ni un solo comité. Todos los intentos de hacerle hablar fueron en vano.

Entonces el juzgado decidió montar un careo con algunos de los revolucionarios que se encontraban ya bajo arresto y de los que esperaba reconocieran a Levski y revelaran sus actos clandestinos. En cuanto vea a los que traicionaron su ideal revolucionario y no cumplieron el juramento prestado, pensaban ellos, entonces se rendirá. Su ánimo firme decaerá, y de eso se querían aprovechar los jueces para conseguir sus propósitos. Sucesivamente fueron llamados ante el tribunal varios miembros y dirigentes de comités revolucionarios quienes comenzaron a revelar servilmente los secretos de la organización y señalaron a Levski como su instigador.

El Apóstol, sin embargo, no podía ser perturbado por gente tan cobarde. Sucedió todo lo contrario a lo que los jueces habían esperado. El equilibrio psíquico de Levski se fortaleció aún más. Decidió seguir su táctica

de comportamiento ante el tribunal. Fueron los jueces quienes daban indicios de nerviosismo abandonando su aparente tranquilidad. Irritado hasta un punto extremo, el presidente del tribunal gritó: "Levski, tú conoces a los miembros de los comités, ¿por qué sigues negando? Los has visto ya, ¿quieres que llamemos aquí a otras ciento cincuenta personas para que te lo digan?"

Tranquilo y hasta con un tono de burla Levski lanzó el siguiente ataque: "Me he entrevistado con muchas personas. Como no sé cuál de ellos participa en el comité, no puedo decirles los nombres. Si los veo, los voy a reconocer, pero los nombres no los sé".

El 8 de enero el tribunal decidió proceder al careo con Dimitar Obshti, en cuya presencia interrogaron a Levski con el objeto de hacerlo hablar. Pero el Apóstol seguía con sus repuestas que despistaban a los jueces. Según las anotaciones del proceso, Obshti manifestó respecto a Levski: "Si dos de sus palabras corresponden a la verdad, las cinco siguientes son mentiras".

Algunos de los cronistas del juicio refieren que cuando Obshti acusó a Levski de haber mentido éste se levantó y escupió a la cara del traidor. Tal conducta sería normal en un individuo que ya no puede controlar su nervios. Levski, en cambio, siguió la lógica de su defensa. Permaneció impávido. Lo muestra el hecho de que no implicó a otras personas y de que negó todo lo que hubiera podido poner al descubierto los secretos de la organización. El protocolo del proceso testimonia claramente que Levski prosiguió su defensa tranquilo, con la misma agudeza de pensamiento y sin cualquier afectación. Mantuvo invariable su conducta también cuando aparecieron ante él los otros testigos y comenzaron a hablar con la servilidad propia de los traidores.

El jurado quedó confuso y desequilibrado. Su objetivo, el de demostrar a toda costa que Levski era el líder

de los rebeldes y revelar por completo la red secreta de la conspiración, fracasó. La Puerta Sublime no podría comunicar ante el mundo que el líder revolucionario, a quien los turcos ya apodaban Cin Gibi (o sea espíritu maligno), ya había echo sus confesiones. Con todo, desde hacía tiempo estaba resuelto que el Apóstol debía ser liquidado. Los jueces recibieron la órden de suspender la instrucción. El 9 de enero, el último día del interrogatorio, el jurado, agotado por ese duelo desigual, renunció a su plan de doblegar a Levski e inició un diálogo con él en torno a los motivos ideológicos del movimiento contenidos en los documentos de la organización revolucionaria.

Levski se negó a hablar incluso de esos asuntos aunque no encerraban ningún peligro. Pero sí se aprovechó del "interés teórico" de los jueces para desviar la atención de las autoridades turcas de los búlgaros ricos e influyentes. Esta vez también él demostró conocer a la perfección los métodos utilizados por el sistema despótico para mantener en sumisión al pueblo, eliminando periódicamente a aquellos que iban avanzando en la jerarquía social o en la vida espiritual para de esta forma privar al pueblo de líderes influyentes. La historia del Imperio Otomano conoce muchísimos casos de matanzas de influyentes comerciantes ricos, maestros de escuela y eclesiásticos, cometidos con sistemática persistencia. Levski temía que los turcos se aprovecharan del desenmáscaramiento de la organización conspirativa para proceder al exterminio de los búlgaros más acreditados lo cual, sin duda, retardaría el proceso de liberación nacional. Por eso él declaró ante el tribunal que "Los búlgaros instruidos que esperaban lograr el progreso a través de la educación, consideraban peligroso e inconveniente reclamar sus derechos a través de las armas". Tal artimaña le sirvió a Levski para despistar al jurado y des-

viar su atención de los "letrados" que eran en realidad los más destacados militantes y los líderes del movimiento revolucionario.

Por otra parte, Levski hizo saber a las autoridades turcas que los campesinos, saqueados desde hacía siglos, abrazaron en seguida la idea del levantamiento. Esperando librarse de esa situación "seguían la dirección indicada por nosotros". Fue así como Levski se burló otra vez de los jueces a los que parecía decirles: vayan a arrestar a todo el pueblo, si con eso se conforma su imperio. Pero a mí no me pidan más, no van a conseguir nada.

Se han escrito decenas de libros y memorias sobre los grandes procesos judiciales en la historia mundial. Eso no es de extrañar, ya que los hombres quieren saber cómo se comportan sus líderes cuando están entre las rejas, en las manos de los jueces y de los verdugos, a la hora de encarar la muerte. ¿No será que se vuelven dóciles y miserables, no muere en ellos el hombre en cuanto comienzan a sentir el hálito frío de la muerte? ¿Cuál es la psicología de las grandes figuras en los momentos antes de morir, ahí donde termina la vida? A las hazañas de los grandes hijos de la humanidad en sus horas postreras están dedicadas muchas obras, pero lamentablemente nunguna al juicio contra Levski.

El juicio montado en 1873 en Sofía se realizó a puertas cerradas. No fue anunciado ni en la prensa turca ni tampoco en la de cualquier otro país del mundo. No hubo ni entrevistas ni fotos sensacionales, ni manifestaciones ni debates parlamentarios. Nada conoció el mundo del drama en la Comisaría turca en Sofía donde uno de los hijos más grandes de la humanidad condenó al Imperio Otomano ya podrido y a su orientalismo medieval.

Eso es fácil de explicar: Levski actuaba en una zona apartada del mundo. Fue condenado por un imperio que se acercaba a su ocaso y por el que se interesaban nada más que los diplomáticos y los políticos.

Sin embargo, el hecho de que ese proceso no tuviera ninguna resonancia internacional no puede rebajar su importancia histórica. Al ser descubiertos y publicados los protocolos judiciales, quedó claro que el caso desarrollado en Sofía no puede ser ensombrecido por la sombra de otros procesos políticos del siglo XIX en torno a los cuales se había levantado mucho ruido. El enfrentamiento memorable entre Levski y sus acusadores se sitúa entre aquellos procesos políticos que se han convertido en símbolo de la magnitud del espíritu humano.

Al leer los protocolos del proceso salta a la vista una particularidad que lo hace aún más significativo. El procesado no aprovechó su comparición ante el tribunal para hacer propaganda de sí mismo y reservarse un lugar propio en la historia. Mucho antes él había llegado a la conclusión de que "la historia no atribuirá los méritos a otro", y con ejemplar humildad recibió la muerte en nombre de la libertad de Bulgaria.

La única preocupación del Apóstol en sus últumos días era salvar a sus compañeros, a la revolución y al futuro de su pueblo. Logró hacerlo en las condiciones de un triste aislamiento en medio del cual nadie vino a consolarle ni a testimoniarle su reconocimiento.

En 19 de febrero de 1873 Levski fue ahorcado en uno de los extremos de Sofía, cerca de los cementerios turco y búlgaro. Su heroica muerte fue el inicio de su gloria, de su canonización en la memoria popular como el más digno hijo de Bulgaria.

* * *

Las biografías de las grandes figuras políticas no terminan con su muerte. Ellas permanecen en el destino de su pueblo y del mundo. La fuerza de su presencia y su duración son las que fijan los parámetros de su obra, y su contribución a la historia y a la cultura.

Vasil Levski tuvo un raro destino póstumo. Cuando en el helado día de febrero su cuerpo colgó de la horca, era desconocido para gran parte de sus compatriotas. Lo conocían sólo varios revolucionarios profesionales por las breves reuniones nocturnas en que recibían las órdenes de acción. Es más, el juramento revolucionario obligaba a los ex colaboradores a callar y a no decir a nadie nada de Levski. Mas cuando corrió el rumor de que en Sofía había sido ahorcado un joven de Karlovo, los compañeros de Levski intuyeron que se trataba de uno de los más grandes hijos de Bulgaria. En ese momento precisamente en las páginas de la prensa revolucionaria de la emigración apareció la poesía de Jristo Botev titulada *El ahorcamiento de Vasil Levski* en la que a través del cuadro de la tierra helada y el graznido de los cuervos, el gran poeta búlgaro dio a conocer el dolor del pueblo ante la muerte de Levski.

Inmediatamente después de la Liberación de Bulgaria, el nombre de Levski fue ganando popularidad primeramente entre los antiguos militantes del movimiento revolucionario y más tarde entre los amplios sectores de la sociedad búlgara. Ya a principios de la década de los 80 fue creado un comité para la recolecta de medios con los que se construiría un monumento al Apóstol en el mismo lugar donde fue ahorcado. En el curso de los preparativos para la construcción del monumento, el nombre de Levski comenzó a aparecer cada vez más en la prensa y en las memorias de los antiguos revolucionarios. Sa-

lieron publicadas las primeras tres biografías del Apóstol: "Vasil Levski. Momentos de su vida, actividad y trágica muerte" (1882) escrita por G.Y. Kirkov; "Vasil Levski" (1884) por Zajari Stoyanov y una tercera cuyo autor es Stoyan Zaimov (1891).

La exaltación popular en torno al nombre y a la obra de Vasil Levski halló reflejo también en los versos del poeta nacional Ivan Vazov. Una de las perlas poéticas de su colección *Epopeya de los olvidados* (1884) se titula *Levski*. En un estilo equiparable al de Víctor Hugo, Vazov relata las hazañas del Apóstol a lo largo de sus numerosas peregrinaciones, así como el amor del pueblo búlgaro hacia el héroe. Según dijera el poeta, para el alma de Levski el claustro era "estrecha morada" y él fue a buscar caminos más dignos porque el hábito negro no le reconciliaba con el culto a Dios. Nueve años marchó él, "en perenne andar", sin sueño ni reposo, en la gran empresa a la que "se dieron tenaces" "cada edad, sexo, profesión y clase", convertido en "fantasma o sombra", intrépido e irreprimible.

Vazov expresa también su culto al Apóstol en otras obras suyas. Su protagonista es risueño, canta incluso en las más difíciles circunstancias, decidido a morir por la libertad de Bulgaria o a llevar las ideas de la revolución ahí donde existen tiranías. En ese ser inigualable Vazov ve "un pequeño Juan Hus, que si bien no llegó a ser gigante fue porque no tenía dónde realizarse".

La imagen de Levski en la obra de Ivan Vazov es natural, dibujada con la exaltación proveniente del reciente recuerdo. En ella están ausentes los parámetros sustanciales y perennes que fijan la verdadera magnitud del héroe. Pero la canonización poética obedece a una lógica distinta a la de las búsquedas científicas. Por eso precisamente la imagen del Apóstol creada por Vazov un siglo atrás aún perdura en la mente nacional.

Mas cuando nos proponemos explicar tan poderosa presencia de Levski en la nueva historia de Bulgaria la imagen ofrecida por Vazov resulta arcaica. En este orden de ideas podríamos mencionar los intentos oficiales de enaltecer al Apóstol y también otros simplistas y sentimentales que eliminan de su personalidad sus ideas inmortales acerca de la revolución y el mundo futuro, y que brindan una imagen al gusto de un público aficionado a los melodramas. Esta variante fue muy popular ya que expresaba en forma directa la veneración por la pureza de Levski, por su talla humana, por algunas de sus cualidades personales.

También la literatura religiosa canoniza al Apóstol aunque de forma no oficial tratando de inculcar la idea de que Levski era un hombre bueno, comprensivo, valiente que llegó a ser caudillo del pueblo porque era un buen cristiano y porque Dios le guiaba en su camino. No obstante, al mencionar el nombre de Levski, la literatura religiosa nunca excedió ciertos límites. Los teólogos jamás olvidaron que el Diácono había colgado los hábitos y habría emprendido un camino que no era bien visto por Dios. Por eso quizá la Iglesia no se atrevió a canonizar oficialmente a Levski como santo y llevarlo al panteón de los héroes del cristianismo.

Algunos investigadores de la obra y la vida de Levski, tanto búlgaros como extranjeros, trataron de explicar su grandeza por su fuerza física y espiritual, que le permitió realizar obras tan importantes y situarse en la falange de los hombres más valientes del siglo XIX.

En realidad, la magnitud de Levski puede hallar una explicación cabal sólo a la luz de su realización social. También en ese sentido se han dado a conocer muchos intentos. Ya en las primeras tres biografías de Levski se destaca su papel en la historia de la revolución búlgara. Pero estas biografías han dado lugar a

cuatro errores. El primero de ellos radica en que Levski es presentado como un simple organizador práctico que cumplía órdenes y disposiciones ajenas, descartando la posibilidad de que él mismo haya creado una ideología política partiendo de sus propios conceptos sobre su época. Tal interpretación repite los conceptos de Vazov acerca de la obra de Levski.

Aunque reducido, el patrimonio epistolar que Levski dejó, ofrece una gran riqueza ideológica. Fue conocido apenas a principios del siglo XX y no sólo desmiente a los autores de sus primeras biografías sino que demuestra de manera elocuente que ese gran organizador de la lucha nacional aportó a la historia un caudal de ideas lógicamente sistematizadas y un conjunto de ideales de la revolución y del mundo futuro.

Ya a finales del siglo pasado se intentó rebajar la importancia histórica de Levski oponiendo, de una manera torpe, las dos máximas figuras del Renacimiento búlgaro: Vasil Levski y Jristo Botev. El primero que trató de plasmar las ideas de los contemporáneos de Levski en una concepción científica de Levski fue el Dr. K. Krastev, teórico literario y partidario del simbolismo. Reconociendo que Botev era de una "naturaleza vehemente e indomable, y que estaba en la línea divisoria entre el pensamiento filosófico medieval y el moderno", el Dr. Krastev estima que "por más poderoso que fuera como individualista y por mucho que hiciera temer a los que se autoproclamaban defensores de una moral convencional, tanto por sus blasfemias, como por sus ideas anarquistas, Botev no era tan revolucionario ni tan original como su hermano Levski que a primera vista parecía más humilde".

En un tiempo más reciente esas ideas del Dr. Krastev adquirieron formas nuevas y cambiaron de significado. Comenzó a destacarse más la grandeza de Botev

repitiendo la vieja idea de que Levski no era una persona instruida, que no tenía conceptos teóricos y filosóficos propios, que en el sentido ideológico no fue más allá del viraje democrático-burgués.

Otro grupo de investigadores, partiendo del hecho de que la ideología nacional liberadora búlgara se deriva y está directamente vinculada con el desarrollo del pensamiento político europeo del siglo XIX, no admiten que Levski haya podido crear y sistematizar los conceptos políticos del Renacimiento búlgaro. Dado esto, afirman que la ideología de Levski constituye una reminiscencia directa del mazzinismo en el movimiento búlgaro de liberación.

En la bibliografía histórica existe un verdadero caos en cuanto a la definición social de los conceptos políticos de Levski. La pregunta de qué intereses defiende Levski y a qué fuerzas sociales representa en la revolución, ha tenido las más diversas respuestas. La vieja literatura maneja el concepto de pueblo sin tomar en consideración la estratificación de la sociedad renacentista. Para esos autores Levski aparece simplemente como un representante del pueblo. Uno de los partidarios de esa idea especifica que Levski representaba al campesinado, a los artesanos pobres y medianos y a la intelectualidad popular.

Posteriormente fue difundida ampliamente la idea de que Levski y el resto de los participantes en el movimiento de liberación búlgaro eran revolucionarios campesinos. Como tales se les consideraba portavoces de la actitud y de las luchas sociales de la sociedad renacentista búlgara y, por tanto, adversarios de la burguesía que, en opinión de esos historiadores, no había cumplido su destino social. Uno de los autores que afirma eso sugiere incluso que Levski "luchaba por la igualdad en la forma que ésta tenía en la cosmovisión

de los pequeños productores, del sector de los pequeños propietarios'' y por eso él se hizo Apóstol de la revolución democrática cuyo contingente eran los pequeños propietarios. Siempre por la misma razón él siguió siendo un revolucionario campesino que estaba muy lejos de las ideas del socialismo utópico.

Algunos autores de tiempos más recientes, en cambio manipulando "libremente" las ideas de Levski, lanzaron la opinión de que el concepto de "la república pura y sagrada" de Levski no es más que su idea acerca del socialismo.

Las citadas apreciaciones y evaluaciones de la personalidad y la obra de Levski son fruto de consideraciones coyunturales: reflejan el deseo de las distintas corrientes políticas e ideológicas características de la vida social búlgara a raíz de la liberación, de encasillar a Levski en sus respectivos esquemas políticos. Por lo tanto, hasta finales de la Primera Guerra Mundial la polémica en torno a la personalidad de Levski es bastante parcial, cada uno se afana en hacer resaltar determinados momentos de su vida y obra.

A raíz de la Primera Guerra Mundial la polémica en pro y en contra de Levski se extinguió por razones bien claras: la liberación de Bulgaria del yugo otomano, las conmociones y los acontecimientos políticos que la sucedieron, y sobre todo el fracaso de los esfuerzos por la unificación nacional mediante levantamientos regionales y guerras desastrosas demostraron la verdad de las grandes previsiones de Levski y el carácter imperecedero de sus ideas acerca de las futuras vías de desarrollo de la sociedad búlgara.

Levski era símbolo de la Revolución y pasó a convertirse en modelo nacional. Quedó claro que sus ideas referentes al desarrollo independiente de la política búlgara eran el único camino para la solución del problema

nacional de los búlgaros; era el camino de la revolucion triunfante que daría inicio a un mundo nuevo basado en los principios de la democracia y el humanismo. Sólo estas ideas tienen en la política un valor real.

En tal situación todas las fuerzas sociales, las corrientes ideológicas y culturales en la vida pública se orientaron hacia la figura de Levski con el empeño de convertirlo en su bandera. Todos los partidos políticos que existieron en Bulgaria entre las dos guerras mundiales estamparon en sus banderas la efigie del Apóstol pretendiendo ser sus seguidores. Así, transcurridos muchos años de su muerte, Levski pasó a convertirse en ídolo político de muy diversas corrientes ideológicas cuyos publicistas no se cansaban de describirlo a su imagen y semejanza.

Sin embargo, dicha campaña política y periodística no logró poner en tela de juicio la integridad de este personaje histórico ni la importancia nacional de su obra. A consecuencia de ello, en la conciencia del pueblo, en la memoria nacional se llega — en el período del dominio burgués —, a una canonización popular paralela — y opuesta — a la política. Dicha canonización sigue otra lógica, persigue otros objetivos y busca sus propios caminos para llegar a una imagen perfecta que lleva el nimbo de la inmortalidad.

Antes de proseguir con la vías de la canonización de Levski por parte del pueblo, hay que señalar una particularidad de la psicología y la conciencia nacional búlgara que se vincula a la actitud crítica frente al pasado. Esta particularidad tiene sus raíces en la propia historia del país que se inicia con el "período heroico" en los primeros siglos de existencia del Estado búlgaro, pasa por el triunfo y el poderío del reinado de Simeon (s. X) para ser marcada luego por dos prolongadas dominaciones políticas extranjeras, por la reducción perma-

nente del territorio, del potencial demográfico del país y de los recursos espirituales de la sociedad búlgara.

En su conciencia, el pueblo pone en tela de juicio el valor histórico de los guías de la sociedad medieval que no han sabido impedir los largos y penosos sufrimientos vividos por Bulgaria; se muestra crítico también con respecto a los que no han logrado alcanzar los objetivos históricos de la revolución búlgara. De modo que, después de la liberación (1878), se inicia un proceso de revisión de los valores del pasado. Pese al romanticismo con que este pasado está tratado en los libros, el pueblo en su conciencia empieza a formarse criterios propios, sus propias apreciaciones históricas de los guías populares. Nadie escapa al juicio inapelable del pueblo.

Llama la atención que precisamente en una época de elevado criticismo, relacionado con las esperanzas de un enriquecimiento de la nación, en el alma del pueblo echa profundas raíces, crece y se enaltece constantemente la imagen del diácono Vasil Levski de Karlovo.

Habiendo reunido los principales hechos y datos — legendarios o históricos, pero todos igualmente necesarios para la idealización de un gran personaje —, la conciencia popular ha enriquecido y seguirá enriqueciendo su imagen con nuevos elementos del nimbo, atribuyéndole las cualidades imprescindibles para la mentalidad búlgara, la política búlgara. Centenares de aldeas, ciudades, monasterios e iglesias se disputarán el honor de haber sido visitados por Levski, colocarán lápidas memoriales para eternizar su presencia. Habrá quienes empezarán a llevar amuletos con mechones del cabello del Apóstol, otros afirmarán haber visto su cráneo que había sido sacado de la iglesia "Santa Petka de los Silleros". De las leyendas, la imagen estilizada del Apóstol convertido en santo pasará a la literatura y al arte. Con respecto a él, no se admitirá ni la mención de ciertas

debilidades humanas, para que su nombre quede inmaculado. Así Levski se irá convirtiendo cada vez más en leyenda, en símbolo, en esperanza, es decir, en el ideal del pueblo.

La imagen creada en la mente popular y el canon político se funden de una forma peculiar para reflejar la tendencia común de definir el fallo histórico sobre la causa y la personalidad del Apóstol de la revolución búlgara. Pero esta fusión también sigue una lógica extraña, se caracteriza por una contradicción interna. La memoria del pueblo seguirá con escrupulosa atención todas las manipulaciones y falsificaciones de la imagen de Levski en el proceso de su idealización política. El pueblo se muestra siempre hostil a las apreciaciones coyunturales, y su actitud es inexpugnable. No existe ni habrá obra de arte o de la literatura capaz de alterar las virtudes de ese personaje que ha pasado ya a integrar el panteón nacional de Bulgaria.

El canon político está permanentemente regulado por la apreciación del pueblo. Por lo tanto — como ya señalamos —, nadie se atreve a expresar abiertamente juicios negativos sobre Levski. El respeto que infunde la imagen canonizada por el pueblo obliga a los que profesan ideas opuestas a las del Apóstol a subrayar exclusivamente algunos de los rasgos que le caracterizan o bien a callar y a subestimar sus méritos reales.

* * *

A diferencia del enaltecimiento popular y de la apreciación coyuntural de una personalidad que aparece plasmada en el ensayo, la ciencia histórica se atiene a principios distintos los cuales, aun cuando se modifican con el tiempo, definen terminantemente el papel de las grandes figuras del pasado. Antes que nada, la ciencia histó-

rica valora las obras del individuo, su magnitud y sentido, su importancia con respecto al progreso social y espiritual de la humanidad. Por más generoso y noble que haya sido en vida, por muchas obras buenas que haya hecho, por muy sagrado que sea desde el punto de vista de las normas eternas de la moral, nadie pasa a integrar los anales de la historia sin haber añadido algo a las grandes conquistas del género humano, sin haber contribuido al enriquecimiento social y espiritual de la historia de la humanidad.

Al aplicar estos criterios históricos a la personalidad de Levski, llegamos a la conclusión de que, por sus ideas imperecederas sobre la revolución y sobre el futuro, por su programa humanista y democrático, por lo que ha hecho como Apóstol del movimiento de liberación, ha pasado a la historia de Bulgaria como el hijo más digno de su pueblo. De no ser así, Levski no hubiera sido considerado el político y artífice más encumbrado de Bulgaria en los Tiempos Modernos y no hubiera pasado a integrar los anales de la historia.

Los renacentistas búlgaros, que después de la muerte de Levski (1873) continuaron su camino y convirtieron su nombre en bandera, apoyaban sus actividades en el legado del Apóstol. Los métodos de conspiración y contactos entre los comités revolucionarios, la dirección de los núcleos de base de la organización revolucionaria entre otras muchas cosas conforman una rica experiencia que fue aprovechada en los preparativos y la realización del Levantamiento de Abril de 1876. Los organizadores más activos de la participación búlgara en la Guerra de Liberación Ruso-Turca (1877-1878) a raíz de la cual resucitó el Estado búlgaro, también pertenecían a la escuela de Levski. Compañeros de lucha de Levski fueron los que prepararon y realizaron la Unificación de Bulgaria del Norte y Bulgaria del Sur en 1885. Seguidores de

Levski fueron los organizadores del movimiento revolucionario búlgaro en Macedonia y Tracia Andrinopolítana que a finales del siglo XIX y a principios del XX se propuso liquidar los últimos vestigios del despotismo otomano en los Balcanes y solucionar el problema nacional por la vía de la revolución democrática.

El ejemplo de Levski inspira a los participantes en todas las etapas de la lucha nacional contra el yugo otomano y más tarde, en las contiendas sociales, en los preparativos y la realización de la revolución socialista, en la edificación de la Bulgaria socialista.

Sin duda, Vasil Levski no pertenece únicamente a Bulgaria y a los búlgaros. Su aporte a la teoría y a la práctica de los movimientos de liberación nacional – que se materializa en la Organización Revolucionaria Interna creada por él –, su perspicacia, sus ideas de libertad y democracia, todo lo señalado puede ser calificado de importante e imperecedero .Tanto por su sentido como por su magnitud la obra de Levski es universal, pertenece a toda la humanidad.

EDITORIAL DE LA AGENCIA SOFIA PRESS
1184 Sofía, Lenin 113

Vasil Levski – el Apóstol de la Libertad

Esbozo biográfico

Autor: *Nikolai Guenchev*
Redacción: *Dimitar Markovski*
Traducción: *Krasimira Goreska*
Edición en castellano: *Liudmila Petrakieva*
Diseño: *Nikolai Cachev*
Presentación artística: *Skarlet Pancheva*
Supervisión técnica: *Emil Cheshmedzhiev*
Corrección: *Nadezhda Despotova*

Formato: 84/108/32 Pliegos de imprenta: 4.50
Imprenta Estatal Balkan
31/95314 16131/0624- 92-87
Precio: 0,40 levas

Николай Генчев

АПОСТОЛ НА СВОБОДАТА

Биографичен очерк за Васил Левски

(испански език)

SOFIA PRESS

Si gano, gana todo el pueblo,
si pierdo, pierdo sólo yo

VASIL LEVSKI